

DAD  
CIÓN

380

F1233

.5

L47

V.2

C.1

01233

FABRICACION

DE LIBROS



1080023480



Para obtener un libro igual,

Póngase el mismo número.

Siempre arriba

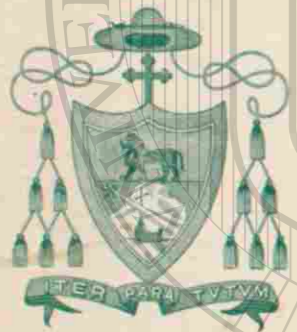
Serie N° 88

do  
2 manos  
60.cs.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria  
48403

Memorias



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

del Sr. Lic.  
D. Sebastián Lerdo de Tejada

Volumen II

(concluyen)

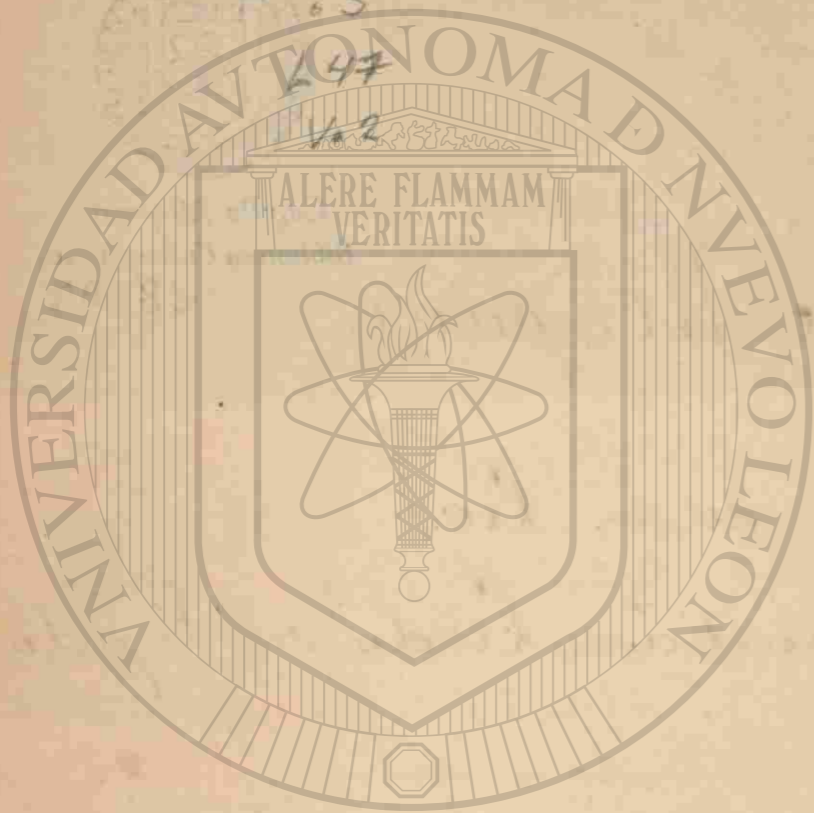
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



publicado por  
servicio de original  
edición de 1911

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA VALVERDE Y TELLEZ

V  
923  
L  
F1233  
65



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

de errores, qué de debilidades y hasta crímenes se cometen por ella! ¡Fleiz V, Sr. Lerdo, que no la tiene! La pasión de nosotros, los que vamos siendo viejos, es la del oro; sin embargo, yo prefiero el honor a todo el oro del mundo. Sobre todo, quiero dejar a mi familia un nombre inmaculado."

"Pero esta carta, Sr. Presidente, va siendo bastante extensa: la finalizo aquí esperando en la siguiente darle mejores nuevas. Con el ardiente cariño de mi familia, reciba V. la profunda e inalterable afición de su partidario y amigo,  
M. Romero Rubio."

Quiero no conocer al Sr. Romero Rubio, lo juzgaría por esa carta un hombre sincero en su profesión de fe política, un hombre leal hacia sus deberes de com-

012380

paucísimo, un hombre immaculado en los sagrados vínculos de la familia; pero quien lo conocí desde la infancia, como yo lo conozco - no puede menos de compadecerle.

De si merece ó no comparación, dejo al criterio de mis lectores la filosofía que encierra la anécdota siguiente:

Uno de los estudiantes más pobres, cuando yo cursaba las aulas del Colegio de San Gregorio, era Manuel Romero Rubio. Su padre era un infeliz rebocero de Puebla, que con dos - entonces llamados telares - soportaba una numerosa familia. El anciano rebocero se quitaba el pan de la boca, como suele decirse, para sostener al estudiante. ¿Por cuánto tiempo duró la abnegación de ese padre? Yo no sabría decirlo. Veíalo yo - al padre - año por año, a las

puertas de San Gregorio, embosado en su Marape, como un mendigo, esperando que el hijo saliera de cátedra para abarcarlo. Este, que lo divisaba desde el interior y avergonzándose de reconocerlo, se escurría por otra puerta, dejando al pobre rebocero, horas y horas, inmóvil y triste, fumando cigarillo tras cigarillo, esperándole inútilmente hasta que el portero Paucho le daba con las puertas en la cara.....

Lo conocido es estrecho.

Lo posible... es inmenso.

IX

En Octubre de 1878 cambié mi domicilio del Hotel Windsor al no. 720 de la Quinta Avenida, casa conocida por Lenox House y administrada por una señora francesa parálitica, como la suegra de Teresa Raquin, de Thola, pero que atendía a sus quehaceres impulsada en un sillón por una corriente eléctrica especialmente preparada para ella por Mr. Edison. Una alcoba, una salita, un cuarto de baño, he aquí á lo que ha quedado reducida la habitación del último de los Herdos! Una de las ventanas cae para la celebrada y aristocrática Avenida y la otra para la calle 13 - ; 13! por la

que circulan. mujercitas libres, á mi-llares, desde las primeras horas de la noche. En esa casa se han alojado todos los personajes furtivos del Centro y Sur América. En ella vivieron cuando eran pobres y proscritos, Don Rufino Barrios y Guzmán Blanco, allá por el año de 63. No me disgusta el silencio claustral de la morada; lo que si no puede agradarme es la seriedad fúnebre de sus moradores, vaya surcos fisonomías sepulcrales! Si me ven venir, son capaces de lucharme.

Sr. Herdo, esto para Ud.

Ah! ah! una capita de foaló de rosa y una carta...

Ciudad del México, Octubre 5 de 78.  
Sr. Lic. Sebastián Herdo de Tefada. Querido papá Herdo: El mes de Julio pasado cumplí diez y seis años. Cuán triste fue el día de mi santo! Ninguna de mis amiguitas de Colegio con

excepción de Lola Gómez Parada, se acordó de mí. Qué diferencia de cuando papá era ministro de N.! Entonces recibía muchas flores, muchas, hasta rellenar una almohada de raso con ellas; mamá me dice que vendrán otros tiempos mejores, que los días más radiantes son precedidos de las más grandes sombras; quiera Dios que así sea! Huisita está medicinándote y probablemente todos iremos a Puebla para que ella tome los baños sulfurosos que le han aconsejado los médicos, pues dicen que con ellos desaparecerá el tumor blanco de la piel que tanto la ha hecho sufrir.

¡Cómo deseo que vuelva N. pronto a México!

Conoce N. ya todas mis confidencias las más íntimas, aquellas que no me he atrevido a confiar ni a

mamá misma. La posición que yo guardo a este respecto es tristísima, y recorro a Ud. nuevamente para que me ilumine y aconseje. Sabe Ud. que en este año debí haberme casado con Pepe Negrete, y así lo acordaron entre Ud, mi papá y el Sr. D. Pedro Celestino. Esta unión, que los dos hemos deseado, no se verificará este año y mucho me temo que ni el siguiente. Papá es muy bueno y no hace obstáculo a nuestro amor: lo único que dice, y tiene razón, es que Pepe no tiene aun una carrera definida. Es abogado; pero, ¿de qué le sirve la profesión si no hay nadie que lo proteja? Porque papá ha perdido toda su influencia y no puede hacer nada por él. Como periodista mucho, los escritores están muy desprestigiados aquí y no pueden ganar lo necesario para mantener decentemente una familia.

Y no puedo vivir sin él, es un  
pedazo de mi alma! El otro día  
lloré mucho toda la noche, porque  
cuando el vino a verme, noté que  
venía algo trastornado por el  
vino. Esto me horrorizó y he prome-  
tido a la Virgen del Carmen ayunar tres  
días para que no vuelva a suceder  
esa horrible cosa. Me ha jurado  
no volver a hacer, pero yo he perdido  
mi tranquilidad y no me siento  
bien de salud. Mamá, viéndome  
ojerosa y triste, se halla inquieta  
y apesarada; pero yo no puedo  
decirle la causa de mi quebranto.  
Acónsijeme V. a mi y escíbele a él;  
yo quiero quitarlo de las malas  
compañías; ¿no podría V. llamarlo  
a Nueva York?

"La otra noche tuve una fe-  
sadilla honorosa. Sonó que, vestida de  
novia y ya en camino para el

templo, apareció una nube que, des-  
haciéndose en tempestad, dejó escapar  
un rayo que fulminó a Pepe, quien  
iba a mi lado sonriéndome con in-  
fante ternura, como reímos los dos  
cuando nos sentimos dichosamente  
solos. Asílo con mis brazos, sostuve  
su cabeza, que se desplomaba sobre  
mi seno; mas, ay! de improviso,  
Pepe se transformó en un negro a-  
tlético, yo, Nueva Desdémona, me  
sentía ahogar por los brazos de  
aquel monstruo. ¿No le parece a  
Vd. mi sueño horriblemente extra-  
vagante?

"El domingo pasado fuimos  
en coche al bosque de Chapultepec:  
de regreso estuvimos a punto de  
ser víctimas de una desgracia.  
Las mulas, - porque papá vendió  
su tronco de caballos en virtud  
de sus aflictivas circunstancias -



se espantaron y sólo debimos nuestra salvación a la valentía del cochero. ¿No le parece a Ud. de mal agüero todas estas cosas?

Le mando a N. una docena de fratucelitos marcados con mi propia mano. Pidiendo a Dios por volver a verlo; se despide de N. su amiguita de corazón

Carmen Romero Rubio."

Dios! Dios! Pobre chiquilla! Y realmente la quise como una hija.....

Por el mismo correo recibí otra carta, de un carácter opuesto a la anterior.

Veracruz, Octubre 1º de 1878. - Sr. Lic. D.

Sebastián Lerdo de Tejada - Muy distinguido amigo: le escribo a Ud. la presente por conducto del médico de a bordo. es un hombre honrado y puede Ud. confiarle a él todas

las suyas. Nuestros asuntos marchan viento en popa: me he puesto al habla con Jaime Rodríguez y Capmany; y los dos están dispuestos para hacerse a la vela en el momento requerido. El primero es dueño de un pailebot y el segundo de una goleta, ambas en buenas condiciones para el Sabordaje. Si el cordónazo revienta para el año próximo, tengo la seguridad de que esos marineros tocarán tierra si soplan los buenos vientos que esperamos. Capmany es pariente de nosotros y quiere a Joaquín como a las niñas de sus ojos; respondo por él del todo y por todo. Respecto a Rodríguez, aunque me inspira la misma confianza, es un poco trabucado y quiere que la turbanada aparezca por barlovento. A fines del mes pasado lo despaché a México para que conferenciara con nuestros amigos y vuelve muy entusiasmado, especialmente con M. P. (Manuel Peniche) de quien dice que es un yucateco más fuerte que la

resaca. De los otros no habla muy bien, particularmente de G. (Gochoa) á quien llaman un viejo petral, pájaro marino que se lanza á la pesca cuando hay tempestades. Los dos Rodríguez y Espinosa, cuentan con numerosas simpatías y amigos en todo el Golfo. Todos los patronos de los puertos, lo mismo que los boteros y cargadores de los muelles, están dispuestos á bromar contra la corriente. No sería malo que Ud. les escribiera una carta (sin comprometerse) para comunicarles más entusiasmo y decisión. He sondeado al Coronel B. Jefe de guarnición en Progreso; pero por más que solté cordelaje no encontré fondo; allí debe haber un peligroso arrecife y es preciso que lo sepan así todos nuestros bucos. Por lo que toca Campeche, nada tengo que decirte: lo que hacen los Baranda, bien ó mal hecho, hecho se queda. Abrigo

7

temores de N.: que dé una campanada en la Ciudad de México; así creo prudente que se ponga un vigía en el palo trinquete, de otra manera correremos el riesgo de encallar.

"Vría yo á Nueva York si no fuera por la proximidad del invierno, la recalcada de un acceso de gota: no obstante, si el buque se va á pique cuente Ud. con que si fuere necesario, arribaré á nado á esas frías playas.

"Le manda una marejada de abrazos su invariable partidario y fidelísimo amigo Pedro Baranda."

¡Hombré! ¡hombré! esa carta está obicudo á marisco.....

— Espinosa!

— Señor Lerdo!

Vaya V. á traerme una docena de ostiones.

---

## El cascabel del gato

Tres cosas no deben hacerse por ser en extremo peligrosas, decía el bufón de Francisco 1.º: ponerle un cascabel a un gato, provocar los celos de una mujer e incurrir en el odio de un despota.

Instintivamente mis partidarios de 1879 habíamos observado la parte final de esta máxima: eran enemigos declarados del Sr. Díaz, pero enemigos pacíficos, de esos que circulan en las calles de Plateros, conspirando y cobrando sueldo los unos, conspirando y queriendo cobrar sueldo los otros.

Así, cuando en ese año sangriento de 1879 se trató de llevar a la práctica lo que había sido hasta entonces una teoría revolucionaria, los instigadores del

movimiento querían permanecer en la sombra, empujando desde ella hacia las bayonetas porfiristas a los infelices a quienes se llama gráficamente carne de cañón. Cuando los Pres. Romero Rubio, Baranda y Gochicoa me escribían apareciendo como los jefes de una conspiración por estallar, creí que ellos la encabezarían, si no militarmente, sí asumiendo la responsabilidad política para con ello dar prestigio a la restauración; ¡cuál no sería, pues, mi sorpresa al recibir los pormenores de esa conspiración! y cuál no mi furor y sentimiento, de su trágico desenlace!

El día 1.º de junio, a las nueve de la noche, se reunían en la casa del Sr. Romero Rubio las personas siguientes: Manuel Periche, Gochicoa, Pancho Oteyá, Agustín González, Hernández y Hernández, Francisco y Telesforo Barroso, Villada y un señor gordo, de Chihuahua, de cuyo nombre no puedo acordarme. J. José Bar pretextó diplomáticamente su indisposición

para no asistir, y algunos otros letrados se excusaron como mejor pudieron. Presidía la junta el Sr. Román Rubio. Después de una ligera perorata en la que campeaban los más límpidos conceptos de mi personalidad, el orador manifestó la conveniencia de una revolución y expuso los medios para consumirla. Estos eran sencillísimos, casi infantiles, en el criterio del Señor Román Rubio; apoderarse de uno ó dos cuarteles, sublevarlos y marchar sobre Toluca, aprehender al Sr. Díaz y sus ministros y colgarlos de los balcones. Concluyó su arenga con estas terribles palabras:

¿Y quienes más aptos para consumar ese hecho glorioso que los dos bizarros militares que me escuchan, el temerario General Pedro Baranda y el no menos valeroso Coronel Vicente Villada?

Los favorecidos declinaron inmediatamente de esa distinción: el Sr. Baranda estuvo oportuno al replicar que para dar un golpe semejante, debían emplearse jóvenes sedientos de gloria, dejando a los viejos al cuidado de dirigir las operaciones entre bastidores. Finalmente proponiendo que, como ballon d'essai se hiciera el golpe en Veracruz.

El Sr. Manuel Peniche pidió la palabra para introducir entre los conjurados al joven yucateco Sr. Albert Hernández, partidario ardiente de la restauración. Era éste un joven de 30 años, moreno, melancólico de aspecto, soñador por temperamento como todos los yucatecos, gustaba de la política más que de cualquiera otra ciencia. Decían los murmuradores que el Sr. Albert era hijo natural de Manuel Peniche; créalo yo, porque había algunos rasgos de semejanza entre el padre y el hijo.

"Esta clase de jóvenes necesita la Patria" - dijo el Dr. Baranda - presentándole Verdad: ella, esa Patria, tenía y tiene necesidad de esa clase de neófitos, de ese género de prosélitos que ven en la política un apostotado y en el apostotado un martirio. Albert Hernández en aquella conclave de viejos carrompitos, solo vio venerables sacerdotes, oficiando por la causa de la libertad. De ver aquellos corazones gangrenados por el odio, la avaricia y el egoísmo, el joven yucateco habría rechazado "horro- rizado". Cuán cierto es que la at- mósfera que se respira influye en la lucidez del pensamiento! A otro espíritu menos levantado y novelero pero más práctico, se le habría ocurrido reflexionar: - "Si estos señores tienen la persuasión del triunfo; porque no me acompañan los más expertos, para hacerlo defacto, un hecho infalible?"

10

A veces pienso, la responsabilidad histórica será más grave para los que empujaron a las víctimas hacia el ma- tadero, que para los verdugos mismos, porque la sangre de la Siniestra no- che del 24 de junio, salpica de un modo indelible, así a Ferán y a Porfirio Díaz como a Román Rubio y compañía. No existe jurisprudencia humana ni divina que absuelva a los unos y con- dene a los otros, si no hubo crímenes, como se esforzaron en probarlo los apolo- gistas del 24 de junio, entonces los únicos culpables son los instigadores... del conculcabo a que me he referido, el Dr. Albert Hernández salió intoxicado de entusiasmo, según lo que había oído y se le había dicho el asegurado, todos los cuerpos de la guarnición de Veracruz se sublevarían cuando él se pusiera en contacto con la oficialidad; el populacho se uniría

a los sublevados, y en menos tiempo que un gallo canta, el triunfo más glorioso coronaría sus esfuerzos.

Los conspiradores, si tal nombre puede darse a una reunión de vergonzantes burocratas - ardían en fuego revolucionario, pero ninguno osaba declararse enemigo abierto del Dictador. Todos querían sacar la castaña con la mano del gato, y el más ansioso por devorarla parecía el Sr. Román Rubio. Pero exponerse ellos al peligro, eso no; ¿acaso no estaban todos cargados de años y de familia? El único solterón era y continúa siendo el Sr. Baranda; pero el Sr. Baranda no es prodigo de su vida; ¿qué digo prodigo! - es sorridamente avaro de ella. Y si el general campechano es medroso como una mujer al solo olor de la pólvora, el Coronel Killada es un valiente al revés, dice que nunca carga una

arma temeroso de matar al primero que encuentre en una calle. Es un militar que en vez de poner la mejilla, como Cristo, airado de un enemigo, suele poner la espalda ..... y la parte donde Saúcho solía recibir Tomo - Amicutos. Gachicón! Peniche! ... los Barroso! ..... Todos querían alimentarse con sangre a semejanza del Hain d'Ysland de Víctor Hugo, pero beberla dulcemente mezclada con el chocolate del ferropuesto ..... Ellos permanecerían muy quietecitos en sus caras, leyendo los periódicos de la mañana al suave calor de las sábanas, mientras tanto, allá abajo, en Teracour, un grupo de hombres de corazón morían satrozmente asesinados como perros rabiosos .....  
Cuando se propuso al Gral. Alatorre que acaudillara el movimiento, él declinó la honra juzgando el proyecto como insensato en aquellos

momentos, y más aún no habiendo una  
previa promulgación en los Estados. Y  
dienta oferta se hizo al Gral. Negrete,  
y no obstante que este señor fue-  
sta muy poco en las consecuencias  
de un acto primo, también rechazó  
la peligrosa distinción con que  
se le honraba. Por fin, desesperaban de  
encontrar dóciles instrumentos, cuando  
la desgracia se los ofreció tales  
como los querían, y leales como los  
marinos Rodríguez y Capmany, va-  
lientes como Ciseto y Stuart, inex-  
peritos como Albert Hernández.....

El día 22 de junio de 1879, el  
joven Dr. Albert Hernández salía  
de México con rumbo al puerto  
de Veracruz; un mozo del Sr. Romero  
Rubio llevó su equipaje a la estación  
y en coche cerrado fueron a acom-  
pañar Manuel Pepiche y Francisco  
de Paula Gochicoa.

Era entonces Ministro de la Guerra el  
Gral. D. Manuel González y comensaba a  
ser amigo del Ministro Ferrera época  
don Pedro Baranda. Nada hay aquí de  
censurable para este último; bien podría  
ser amigo en lo privado de aquel  
y seguir en la profesión de sus  
doctrinas políticas. El Sr. Baranda tenía  
el derecho de ser federalista, pero no lo  
tenía para ser a la vez un gonzalista.  
¿Procedió como un delator? No  
quiero creerlo; pero don Pedro, al entrar  
González a la Presidencia, fue nom-  
brado Benador, después Jefe de una  
zona y últimamente Comandante de  
hombres. Para las gentes malvadas  
cabe aquí la hipótesis de una  
traición. Pero según mi juicio sólo es  
el resultado de una indiscreción.....  
El Sr. Coronel Villada, otro de los miem-  
bros activos del complot, estaba en  
una situación de relativa miseria,

días antes del 25 de Junio; después de esa fecha, terrible, es decir, a mediados de Julio, el Sr. Coronel Villada había invertido más de tres mil pesos en mejorar su imprenta, había pagado todas sus deudas, y por último, levantado la hipoteca de cinco mil pesos que gravitara sobre la casa de su suegro. Provenía esa riqueza inesperada del pago de una delación, ó fue simplemente el resultado de una especulación financiera? ..... Se le vió a él también en la casa del General González dos días antes de la tragedia de Veracruz.....

Oficialmente y con posterioridad, se ha reconocido como delator al Sr. S. Julio H. González; pero este Señor me escribió a Nueva York diciendo que él no había hecho más de confirmar lo que aquellos habían revelado en presencia de Balandrano y del Gral. González.

Yo no pongo ni quito traidor: dejo a mis lectores que con su sano criterio, ajenos de todo odio político, condenen ó absuelvan de toda culpa a esos tres desdichados: el uno ha muerto ya inculcado por los remordimientos, los otros están ahora en el apogeo de la privanza, aunque mutilados físicamente. El Sr. Villada tiene el bigado ulcerado y loca a su antigua esposa; y el Sr. Baranda sufre los mortales fatigeros de la gota.....

Veracruz es una ciudad muy poco hospitalaria: sea por su población flotante, que de continuo se renueva, sea por el carácter especial de los veracruzanos, el caso es que la gente es inhospitalaria. Cuando se encuentra a un amigo fuereño en las calles de Veracruz, le ofrecen calurosamente su casa,



sus servicios, el oro y el moro finalmente. Agotada toda la retórica veracruzana, concluyen por decirle a uno políticamente: - "El Hotel fulano es delicioso; qué preciosa de habitaciones!; qué baratura de precios! - De aquí que el Dr. Hernández parecía conocer al dedillo a mis paisanos se dirigiera resueltamente a la casa de su amigo y condiscípulo el Dr. Barbachano, apenas descendiera del tren. Se fue derecho al bulto y le dijo: "Me has ofrecido tu casa, pero no quiero abusar de esa oferta: venga a vivir unos días a ella porque no me conviene posar en un hotel; pero ha de ser con la condición (sin ofenderte) de que aceptarás un precio." Después de una suave violencia, Barbachano convino en la proposición y Albert quedó instalado en la casa como miembro de la familia.

14

Narios telegramas cifrados habían precedido al infortunado Dr. Hernández. ¿Cuál era el contenido de esos despachos, precedentes unos del Ministerio de la Guerra y otros de la Presidencia? El enviado del comité lealista en la confianza de la juventud abandonó toda prudencia: fue a visitar en pleno día y a bordo de su barco al marino Capmany; brindó públicamente a mi salud en el restaurant de un hotel; cometió, por fin, otras muchachadas del mismo jaez, y las cuales ponían de manifiesto lo inofensivo de su carácter. Un Sr. Rojas y Enriquez le seguía la pista y en calidad de esbirro de Ferrer, el Dr. Barbachano le delató ante el Gobierno, violando las sagradas leyes de la hospitalidad. ¿Por qué no se le aprehendió durante el día 24 desbaratando así la más platónica de las peticiones?

Hay que leer el capítulo si-  
guiente para conocer en toda su  
desnudez el crimen monstruoso  
del 25 de junio

## El Hombre. - El Crimen

Awake! awake!  
Ring the alarm bell:  
Murder and treason!  
Macbeth - Act. 2<sup>a</sup> 1<sup>o</sup>

XI

Balaceando el cuerpo, colgantes los brazos é inclinada la cabeza, así andahuis Moier y Ferán. Su estatura es elevada, pero más carnosa que musculosa; la cara les llena, enérgica, viril; la mirada es bondadosa, franca, recta. Es una de esas fisonomías que carecen de juego escénico: nada oculta ni disimula. Se ven cruzar sus pensamientos, al través de su frente, como al través de ciertas aguas se ve la ondulación de los peces. Por desgracia las ideas no deben ser muy abundantes en ese cerebro: las paredes del cráneo, que por lo común se estrechan al descender

Hay que leer el capítulo si-  
guiente para conocer en toda su  
desnudez el crimen monstruoso  
del 25 de junio

## El Hombre. - El Crimen

Awake! awake!  
Ring the alarm bell:  
Murder and treason!  
Macbeth - Act. 2<sup>a</sup> 1<sup>o</sup>

XI

Balaceando el cuerpo, colgantes los brazos é inclinada la cabeza, así andahuis Moier y Ferán. Su estatura es elevada, pero más carnosa que musculosa; la cara les llena, enérgica, viril; la mirada es bondadosa, franca, recta. Es una de esas fisonomías que carecen de juego escénico: nada oculta ni disimula. Se ven cruzar sus pensamientos, al través de su frente, como al través de ciertas aguas se ve la ondulación de los peces. Por desgracia las ideas no deben ser muy abundantes en ese cerebro: las paredes del cráneo, que por lo común se estrechan al descender

al cerebro, en el Sr. Luis Mier y Ferrán se aprime de tal suerte, que obstruyen la dilatación y expansión de la materia gris. ¿Es posible, naturaleza reducida, o bien la evolución de las especies ha producido en ella un efecto descendente? Entre los actos de ese hombre - si tal nombre puede dársele - y su organismo, existe entera similitud una vez en la barra de Tampico, que está infestada de tiburones, hizo torcer un bote en que iban dos de sus amigos, adrede, para tener el gusto de salvarlos después la vida. En otra ocasión, de viaje para Nueva Orleans, obligó al capitán del buque, revolver en mano, a que devolviera la máquina para tener el gusto de pescar. Podrían referirse por ese tenor una infinidad de locuras semejantes, que confirman la perturbación de esa

incompleta inteligencia. Mas, ¿para qué? Si otras no hubiera, sería bastante con la diabólica y monstruosa del 25 de junio para fmeterlo en la camisa de fuerza de la historia. ¡Pobre loco! es verdadero asesino, el Cain maldito, se llama Porfirio Díaz. Descuida: no bajarás sólo a la tumba en tu manto ensangrentado, sino que arrastrarás contigo a Porfirio Díaz, a él, único y opioso culpable!... Luis Mier y Ferrán no tiene derecho al nombre que lleva: se llama Luis Domínguez. Moro de estribo de un Sr. Mier y Ferrán, en Orizaba, allá por 1854, muerto (o desaparecido éste, su moro Domínguez) reapareció en Veracruz en 1860 con el nombre que hoy lleva. Trabaja como botero, cargador en los muelles y por último capataz de trabajadores. Por su energía, los patrones lo querían; por su valor y

bondad, sus compañeros le estimaban y temían. Cerrado la intervención francesa, se alistó como guerrillero e hizo sus proezas; restaurada la República en 67, tornó al puerto de Veracruz, reasumió sus labores de capataz y llegó a ser el hombre más populachero del Golfo. Porfirio Díaz, que tiene como la serpiente el don de fascinar a ciertos imbéciles, arrastró a Ferán del lado de Tuxtépec. La fidelidad que en los organismos inferiores es terriblemente sumisa, en el organismo de Ferán degeneró en bestial: ya no era sumisión de hombre a hombre, sino de perro a amo. Sentíase dichoso el desdichado idiota en lamer aquella mano empapada en sangre: luego, dado el estado patológico de Ferán, se concentraba en actitud de cometer cualquiera locura. Lo que en ese espíritu embrionario hubiera de generosa y

humano, se ofuscaba desde el momento en que se tratara de obedecer. Quesado la noche del 24, sólo quedó funcionando la ferocidad instintiva de la hiena.....

+  
x x

Si desolado y triste es durante el día, por la noche Veracruz es lóbrego: uno que otro farolillo alimentado con aceite iluminado a trechos, débilmente, paredes amarillas comidas por la acción salitrosa del aire, conservando algunas de ellas todavía los agujeros que hicieron las balas de los soldados del General Scott. Ya mar allí a dos pasos, se hincha y trueca; dentro del mar, y algunos centenares de metros, la grasa informe del llamado Castillo de San Juan de Ulúa, levántase en las tinieblas apenas disipadas

por la luz intermitente de su faro. Nada más lígubre y sombrío que ese paisaje: el mar sopha un sudario, la tierra parece un cementerio. En esa noche del 1º de junio no hay brisa ni estrellas, el cielo está cubierto de nubes, el suelo con densos vapores. El escenario es trágico, como la escena que en él se representa entre la noche del 24 que termina y la madrugada del 25 que comienza.....

Por una escueta callejuela desemboca un pelotón de soldados. Sus bayonetas despiden reflejos acerados. En el centro se destaca un hombre descalzo y en paños menores! Su marcha es sigilosa, aunque velozmente. El farsero porque es un preso el que llevan los soldados - interroga ansiosamente, ya a estos que no le responden, fja al o

ficial que le contesta con evasivas. Por Dios Santo! ¿a dónde me llevan, capitán? gemió casi el miserable.

- Al cuartel del 23º, doctor, respondió el militar hondamente conmovido.

- Pero me permitirán, llegando, mandarme por mi ropa y por mi catre?

El capitán volvió la cara sin contestarlo, diciendo muy quedo al sargento:

- Piensa dormir el desgraciado! sí, el sueño eterno!.....

Al aproximarse al cuartel se oyó una descarga de fusilería. El Sr. Albert Hernández - porque era él - comenzó a temblar, y poseído del terror de la muerte, gritaba:

Oh! me van a matar! a matar! a matar!.....

La puerta del cuartel estaba abierta de par en par. Los soldados estaban sobre las armas y muchos de ellos con los ojos encendidos por la embriaguez. Se les había dado una ración de aguardiente para convertirlos en verdugos. Cuando la escolta que conducía al Dr. Albert hubo penetrado, otro pelotón se acercaba en dirección opuesta con el bravo marino Jaime Rodríguez, también en ropas de cama.

Adentro, el cuadro no podía ser más pavoroso: formábase un patio de muros elevados, enlozado y estrecho: a la izquierda y en el fondo, montones de estercol en activa descomposición. Una compañía de soldados, formada en ángulo recto, carga y descarga las armas, por secciones, a la voz de un comandante. En el

centro yacen tres cadáveres revolcándose todavía en la caliente sangre: son los de Cueto, Stuart y Gutiérrez. No hay más luz que la reflejada por cuatro linternas. Fernán lleva la una en la mano izquierda, teniendo en la derecha la humeante pistola que acababa de descargar en el lado de Stuart. La claridad de las linternas peca en los charcos de sangre, dejando envueltos en la penumbra a los actores de aquella tremenda hecatombe. Albert Hernández aparece a ese tiempo. Al verle Fernán, con delirio salvaje, lanzóse hacia él y cogiéndolo por el hombro, lo empuja brutalmente.

- Ah! es Ud. Doctorcito?

Y dirigiéndose a los soldados, vociferó:  
- Ahora, a éste, cristianos. ¡Carguen!

El malhadado preu se asió de las rodillas de Fernán implorando.

misericordia: el vértigo del miedo lo hizo ~~percurrir~~ en frases inconexas y apóstrofes insensatas. Ferán, hombre corpulento, desario de aquellos brazos convulsivos que le impedían moverse, haciendo rodar a su víctima sobre las losas; luego, apartándose rápidamente del sitio de la ejecución, fue a colocarse entre los soldados. Cuando Albert se levantó y se vio rodeado de rifles que le apuntaban, y con tres cadáveres a sus pies, y corrió, ya enloquecido chapoteando con sus pies desnudos la caliente sangre de sus amigos, y arañando las paredes que en su terror pretendía saltar..... Sonó una descarga, y Albert Hernández cayó de espaldas rebotando su cabeza en el duro suelo. Levantóse aun sobre las rodillas con los pulmones des-

garrados y los intestinos colgando. (Las balas eran de gran calibre). Otra descarga lo hizo caer desplomado con la cara para tierra. No se levantó jamás.

— Veuga otro!

Jaimé Rodríguez se adelantó: marino de un valor indomable, y de una generosidad proverbial, en Veracruz era muy querido de todos y aun del mismo Ferán. Rodríguez no ofreció el espectáculo enervante del Dr. Albert, por el contrario, encarándose con el verdugo, díjole con impenible acento:

— "Te creía un hombre, pero no eres más que un cobarde, el más cobarde de los cobardes!"

— Cristiano! fusilaría a mi madre si Et me lo mandara! ¿Estás listo?

— Déjame escribir unas líneas, con lápiz, para mi familia.....



- Ni un minuto más; ; adentro!  
Y Ferrán quiso arrojarse brusca-  
mente dentro del cuadro: pero el  
marino, más fuerte y sereno, dió una  
trémenda bofetada y colocándose él  
mismo en la trayectoria de las  
balas.

- ¡Juego! rugió Ferrán.  
Y Jaime Rodríguez se dobló y  
cubriéndose con las dos manos el cha-  
cado pecho, por donde se escapaba  
la sangre a borbotones, pudo lanzar  
todavía este supremo apóstrofo:

... Miserable asesino! Maldito seas!!!  
Momentos después nueve cadáveres  
yacían en el pavimento: la sangre  
cubría hasta empapar los pies de  
los soldados. La pálida luz del alba  
entraba tímidamente y en rayos lí-  
vidos, en aquel lugubre recinto,  
de donde acababa de salir la  
muerte. Se tenía vergüenza de que

el sol iluminara la horrenda  
carnicería: era preciso enterrar los ca-  
dáveres y lavar la sangre antes  
del toque de día. Del machero se  
sacaron dos mulas todavía medrosas  
por el ruido de las descargas, un-  
diéndolas al carro de la basura: y  
el carro se empezó a llenar de cadáveres,  
en fúnebre confusión, destilando sangre  
y materia cerebral. Pronto a la calle,  
al cementerio! El día se había echado  
encima; el mar comenzaba a sacudir  
su ropaje de niebla, y el vuelo pesado  
de los propilotes y el canto lejano de  
los pescadores, anunciaban la aparición  
del astro resplandeciente. Las mulas  
que tiran del carrutón apenas pueden:  
¡pesan tanto los muertos! Los perros  
vagabundos que desinfectan a la cruz  
han husmeado el degüello: primero  
es uno, después dos, y al llegar al  
cementerio es ya una farrisa la que

va tras el carrutón, lamiendo la  
sangre que escurre y devorando los  
sesos que a trechos se escapan y  
caen, disputándose los a mordiscos Los  
perros.... He allí el cortejo fúnebre  
que lleva al cementerio a los  
últimos leudistas.....  
Dios mío! cuán ricos nos hacen los muertos!

El pequeño motor  
de la Gran Revolución

XII

No se curaba todavía la sangre  
vertida en Veracruz, cuando una noche  
(la del 17 de Enero de 1881) mi valet  
de chambre Espinosa me introdujo casi  
furtivamente una tarjeta así concebida

Lic. Jorge Hámekens y Mejía,  
Diputado  
Mexico, Calle de Y. no. 10

- Hombre! hombre! este México tiene  
diez millones de habitantes, y todos  
viven, y todos son bicuciatos.....

Espinosa!  
- Señor.....

- Digale a ese Señor, cuando venga, que  
no estoy visible. Diputaditos de mí  
y a estas horas!!.....  
Habíame causado tal repugnancia

va tras el carrutón, lamiendo la  
sangre que escurre y devorando los  
sesos que a trechos se escapan y  
caen, disputándose los a mordiscos. Los  
perros.... He allí el cortejo fúnebre  
que lleva al cementerio a los  
últimos leudistas.....  
Dios mío! cuán ricos nos hacen los muertos!

El pequeño motor  
de la Gran Revolución

XII

No se curaba todavía la sangre  
vertida en Veracruz, cuando una noche  
(la del 17 de Enero de 1881) mi valet  
de chambre Espinosa me introdujo casi  
furtivamente una tarjeta así concebida

Lic. Jorge Hámekens y Mejía,  
Diputado  
Mexico, Calle de Y. no. 10

- Hombre! hombre! este México tiene  
diez millones de habitantes, y todos  
viven, y todos son bicariados.....

Espinosa!  
- Señor.....

- Dígame a ese Señor, cuando venga, que  
no estoy visible. Diputaditos de mí  
y a estas horas!!.....  
Habíame causado tal repugnancia

la hecatombe de Veracruz, y más aún con  
que la habían dejado impune mis  
valientes conciudadanos, que francamente  
no quería oír nombrar ni menos pronunciar  
el nombre de México. Para que un pueblo  
permaneciera impasible después de re-  
cibir en la faz el salvaje sangriento  
de un tiranuelo, necesario es que hubiese  
muerto cuando no envilecidos, sí, porque  
las atrocidades del 25 de junio son de aquellas  
que se cometen, no contra un partido y  
sus partidarios, sino contra una nación y  
sus nacionales. El hombre que mandaba  
matar mexicanos como perros  
rabiosos, era que consideraba á  
los mexicanos como perros y á los  
perros como mexicanos. Esto es lógico:  
y para que V.V. vean más claro, voy  
á referirles la fábula de las Hormigas  
y la Culebra, de Lafontaine.  
Un pueblo de Hormigas trabajaba  
por vadear un arroyo y no lo podía

23

conseguir: todos sus trabajos de rapa  
se destrellaban ante la dureza del granito.  
Celebró una junta deliberadora en el  
hormiguero y una hormiga muy ladina  
discurrió que se prosperara si una  
culebra, que tenía de vecina, les sir-  
viera de puente mientras ellas pa-  
saban, recompensándole su trabajo  
con mantenerla toda la vida. Se  
aplaudió la ingeniosa idea, nom-  
brándose en el acto una comisión que  
se acercara á su Señoría con una  
extraña petición. Ella escuchó aten-  
tamente y dijo que aceptaba en  
todo y por todo la oferta, tanto más  
gratosa cuanto que se iba haciendo  
vieja y le era la vida muy dura.  
Cerrado el pacto, la culebra se ex-  
tendió de un extremo al otro del  
arroyuelo y sobre su lomo pasó á  
millares todo el hormiguero. Desde  
el día siguiente, la vida del reptil

se destrozó en preciosa abundancia:  
las hormigas proveían á su despena  
con toda clase de manjares. Pero  
he aquí que un día, saciada de  
tan múltiples y diversos platillos,  
quiso probar el sabor de la carne  
de hormiga, y, ¡zas, ..... se engulló  
media docena de una legüetava.  
Nunca lo hubiera hecho! apenas  
cometido el homicidio, todo el pueblo  
insectívoro, levantándose como una  
sola hormiga, se parcaudo como  
un millón, echóse sobre la ser-  
piente, la que fué devorada  
en un abrir y cerrar de ojos.....

Mas defenidos de similes  
animales, que ni vds. son hor-  
nigas, ni el Sr. Díaz es culebra,  
ni si quiera cocodrilo; pero en verdad  
os digo, que llegará un día, queridos  
ausentes, en que muchos de V.V.  
sean arrotados desnudos en las

plazas públicas.  
Hablé lo ha dicho energicamente:  
le passé l'credit l'avenir.

Una frígida tarde del mes de  
Febrero hallábame yo encerrado en  
mi estudio con los pies arimados  
al fuego y el pensamiento vagando  
en los espacios. Había ya olvidado  
el incidente del Sr. Hagemken, con-  
siderándome dichoso con evocar ideas  
de una forma menos ingrata. ¿En  
qué meditaba? Me ruborizo al  
confesarlo: meditaba en las mujeres...  
... Ellas! ..... Bah! ..... Si los  
patos salvaron al Capitolio, ¿una  
mujer perdió á Troya, ciudad sa-  
grada del Priamo, ¡fué caiste por la  
falta de una mujer! ¿Quién arras-  
tó á Marco Antonio en su ruina?  
¿Quién hizo asesinar á Marco

Julio Cicerón? ¿Quién pidió la  
cabeza de Juan Bautista? ¿Quién  
fue la causa de la mutilación  
de Abellardo? ¿Quién?

Fo, too, tooo...

No cabe duda, llaman a  
mi puerta.....

Adentro!

¿Era la primera y última vez  
que tuvo la honra de verle y de  
tratarlo: era un joven de regular  
estatura, con la barba negra y  
partida, la nariz afilada, los  
ojos café, vivos y penetrantes  
como saetas, la frente grande y  
bien delineada y el conjunto en  
extremo simpático. En lo inte-  
lectual era lo que se llama  
un bel esprit, de inagotable gracia  
y fecundo en la conversación: yo  
había leído algunas de sus pro-  
ducciones en El Federalista, pero me

cantivo más como Causeur que  
como executor. ¿Porqué ese hombre tan  
elevado moralmente había descendido  
hasta convertirse en partidario del  
Sr. Díaz?

- Conque ya tienen V.V. un nuevo Pre-  
sidente?

El Sr. Mejía sonrió, y acariciándose  
las patillas con las dos manos,  
respondió:

- El Sr. González, sí, Sr. Herdo.  
¿Qué opina V. de él?

- Hombre, nada. Me he propuesto  
no jugar la política ni a los  
políticos de México, mientras viva.  
No siento, Sr. Herdo, y vamos a  
otra cosa. ¿No sabe Ud. que murió  
hace poco la esposa del Sr. Díaz?

- Malo! Era ella una buena señora  
que quitaba de la cabeza de su  
marido muchas buenas intenciones.  
.... La ambición de los hombres mata

à las mujeres, Sr. Mejía; Cuánto no son inexoradas inconscientemente! Supongo que el Sr. Díaz la llorará como no ha llorado hasta hoy: con sincero llanto. Quedarse viuda à los sesenta años, no debe ser muy agradable: porque en la juventud se puede remplazar, cuando se pierde la media naranja, mientras que en la vejez.....

Al pronunciar yo estas palabras, la fisonomía del Sr. Stamenko se había alterado, visiblemente: yo proseguí sobre el tema del amor, en sentido abstracto, para alejar más de la personalidad que mi interlocutor parecía quererme meter por los ojos.

Los viejos! Heine decía que "las doncellas huyen de los cabellos blancos como las golondrinas de los tiempos de Jde

nieve" Somos cuerpos que el amor rechaza y la tumba atrade.... El amor! palabras sublimes à los veinte años! No. Cabello siniestro à los sesenta!

Fornó à sonreír el Sr. Mejía, y clavando sus ojos investigadores en los míos, dijo, cortado de plano mi pesimismo - sobre la edad funesta:

- ¿Usted ha escrito à V. el Sr. Romero Rubio?
- Diré à Ud. .... se han enfriado algo nuestras relaciones desde el negocio de Veracruz..... ya sabe Ud. lo del 25? .....

- Es un hombre de talento....
- Mucho, quizá demasiado talento, resplandido.
- Hombres como Ud. y él deberían servir à la Patria.

- Muchas gracias.
- Y se ofenderá Ud. si le hablara con más franqueza?
- Diga Ud.

El Gral. Díaz desearía que fuera V.  
de Ministro de México a España.

La proposición era tan ougual,  
tan interbestiva y absurda, que  
tuvo que echar mano a un  
cigarillo para dominar su emo-  
ción.

- Pero el Sr. Díaz está en su cabal  
juicio? No puede menos de re-  
splicar.

Don Jorge se puso encendido.

Se continuó.

Ahora que reflexiono, no me pa-  
rece la idea del todo absurda.....  
el cólera está haciendo terribles es-  
tragos en España..... Excelente idea  
la de despauchar a España! tiene  
unas ocurrencias este Sr. Díaz.....

- Permitame Vd. Sr. Berdo.....

- Nada hombre, nada, dígame al Sr.  
General que se lo agradezco.

- Pero si no es el quien hace la oferta.....

- Ah! ..... ¿quién es?

- El Sr. D. Manuel Romero Rubio!

- Ha dicho Vd. Romero..... ¿quién?

- Romero Rubio!

¿Era yo víctima de una diabólica  
mistificación? El enemigo mortal del  
Sr. Díaz, todavía ayer, ofrecirme  
hoy un puesto en el Gobierno de  
este mismo Señor!

Y proseguí:

- No entiendo a Vd.

El Sr. Maneken hizo un esfuerzo  
para dominar su emoción, y lenta-  
mente y con palabra fría e incisiva,  
fue diciéndome:

- El Sr. Romero Rubio ha hecho las  
pazes con D. Porfirio, se han abrazado!

- Abrazado! y guerra! decíame  
quién operó ese milagro? porque  
milagro es!

- Un servidor de Vd.! Yo llevé al  
Gral. Díaz a la casa del Sr. Romero



Rubio la noche del.....

- Ah!.....

- Y se abrazaron dice Ud?

- Dos veces!

- Ah!.....

Y pocos días después, el Sr Romero Rubio dio una tertulia en su casa de la calle de San Andrés e invitó á don Porfirio y don Porfirio bailó una mazurca con la Berta. Carmen.....

- Ah!.....

La reconciliación es completa: el Sr. Romero Rubio ha sido nombrado Senador.....

- Ah!.....

El joven Sr. Hametken me miró casi comparativamente e irguiéndose en la silla, concluyó con inflexión triunfante:

- Y se casan!

- Quienes, hombre, quienes?

- don Porfirio Díaz y Carmen Romero Rubio!

- Ah!..... y V. arregló el matrimonio?

- No precisamente..... pero.....

En esos momentos llamaron á la puerta; era el Sr. Consul Navarro, que para economizar el fuego de su casa, venia á calentarse en mi chimenea.

El Sr. Hametken se despidió.....; no lo volví á ver más!

Quando estuvimos solos le dije á mi compadre el Sr. Navarro:

- El Hombre que hora se casa!

- Se casa!

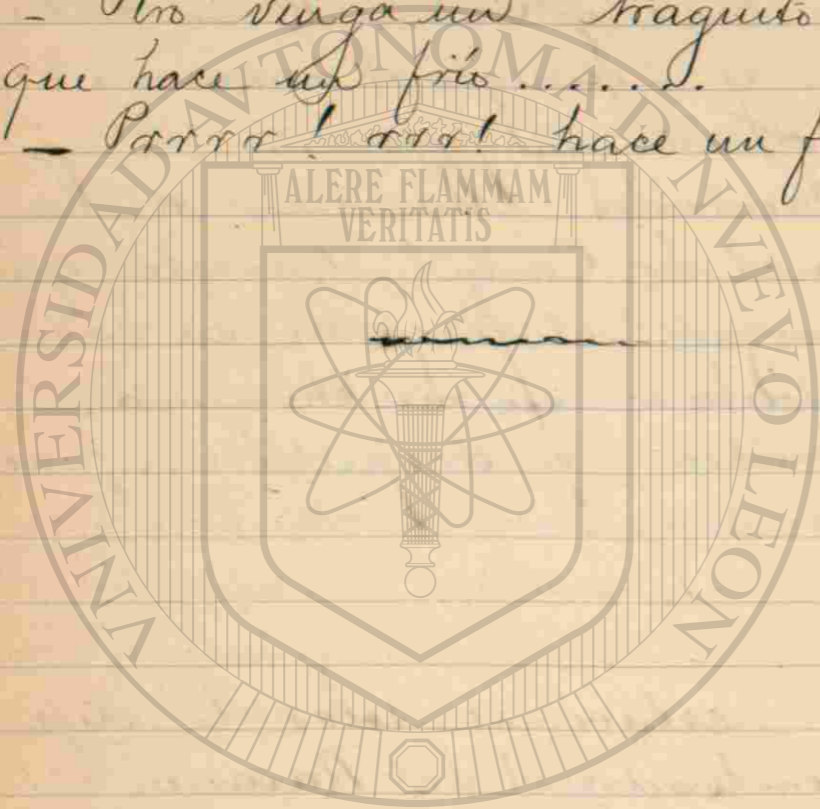
- Y con una jovencita.....

- Pero, hombre, si es más viejo que yo, es ya un abuelo.....

- Pues tan cierto que se casa, como lo es que V. va á tomar un chocolate.

- Cosas del diablo, compadre y amigo don Sebastián, cosas del diablo!

- Pero venga un traguito de cognac,  
que hace un frío.....  
- ¡Perra! ¡vaya! hace un frío!.....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

# La Gran Evolución

XIII

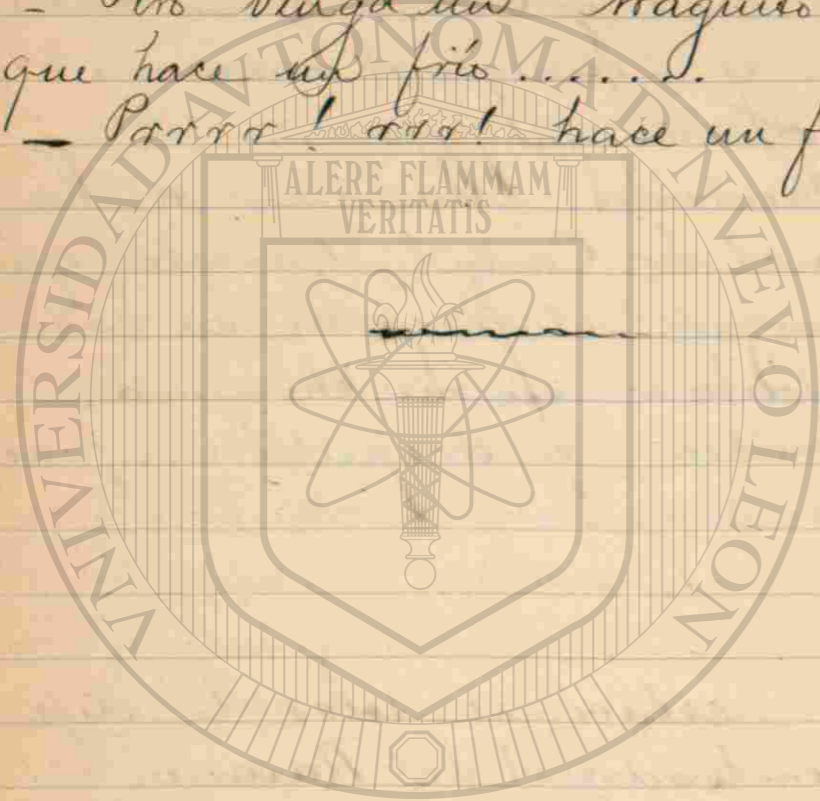
El frío arreciaba. El Sr. Mejía, una vez en la calle, subió en un coche, perdiéndose a la vista entre los torbellinos de nieve y el pálido crepúsculo de la noche invernal.

- Conque, - comenzó el Sr. Navarro, después de echar un puñado de carbones en la llameante estufa. - ¿No sabía Ud. nada de lo que ese joven le ha revelado hoy? ¿Ni la viudez de D. Porfirio, ni sus buenas intenciones para Casarre otra vez, ni la naciente Ipirisaura del Sr. Romero Rubio?

- Nada, nada! Contestó con curiosa impaciencia

- ¡Ustedes, los hombres de genio, suelen desconocer este poderoso elemento de

- Pero venga un traguito de cognac,  
que hace un frío.....  
- ¡Perra! ¡vaya! hace un frío!.....



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

# La Gran Evolución

XIII

El frío arreciaba. El Sr. Mejía, una vez en la calle, subió en un coche, perdiéndose a la vista entre los torbellinos de nieve y el pálido crepúsculo de la noche invernal.

- Conque, - comenzó el Sr. Navarro, después de echar un puñado de carbones en la llameante estufa. - ¿No sabía Ud. nada de lo que ese joven le ha revelado hoy? ¿Ni la viudez de D. Porfirio, ni sus buenas intenciones para Casarre otra vez, ni la naciente Ipirisaura del Sr. Romero Rubio?

- Nada, nada! Contestó con curiosa impaciencia

- ¡Ustedes, los hombres de genio, suelen desconocer este poderoso elemento de

transformación: la mujer. Creer que el mundo moral se rige por las ideas y el físico por los átomos: fuera de esos dos principios, el idiológico y el cósmico, no admiten ninguna fuerza de impulsión y evolución. Voltaire con todo su talento, no sospechó en lo femenino un gran factor histórico. Uds. los solterones, el amigo D. Sebastián, colocan a la mujer en lugar secundario cuando se trata de resolver los problemas políticos; austeros y castos sonadores, que equivocan la sombra con el cuerpo que la proyecta! La pólvora, la imprenta, el vapor, la electricidad, son descubrimientos puramente materiales. Han modificado la inteligencia, cultivado el espíritu y enflaquecido la prosperidad, ciertamente, pero han dejado las pasiones

30  
humanas en toda su primitiva feracidad. Se mata, se envenena, se roba y se ama al presente como se envenenaba, se amaba, se robaba y mataba en aquellos tiempos de predegruda. La fortuna no ha cambiado, es verdad, pero en el fondo de los hechos hay absoluta semejanza.

El Sr. Navarro es un indio que despierta de agudo y de ladino: yo le escuchaba atentamente, sin sospechar si dónde iría a parar.

Encendimos un cigarro en el mismo fósforo y bebimos un traguito de cognac en distinta copa, y el Sr. Consul prosiguió:  
— A hombre práctico físico me aventajan: tengo setenta años de vida y veinticinco en mi empleo: y a esa edad me siento tan fuerte como un toro de cuatro primaveras, y tan feliz como un muchacho de dieciocho. Mis cabellos han blanqueado y mis dientes ennegrecido. Poseo trescientos

mil pesos y estimo cada peso como  
un día de mi vida. ¿llegaré al centenario?  
Así lo espero. No quiero a nadie excep-  
tuando a mi querida mujer y el re-  
cuerdo de la primera. Para patria  
me interesa muy poco y los pa-  
trioteros casi nada. Si puedo evitar  
que un hombre asesine a otro, no  
lo hago. Soy, hasta cierto punto,  
un egoísta monstruoso, pero lógico.  
— Pero era Ud. un hombre tierno, sin-  
cero y compasivo, cuando yo lo conocí  
en México al lado del Dr. Comonfort  
y doblado.....  
Es verdad; pero debíase todo a mi  
primera mujer que, como U. recuerda,  
murió de vomito en Orizaba junta-  
mente con mi hija..... (los ojos del Sr.  
Navarro se velaron de lágrimas). Esa  
desgracia sacudió tan rudamente mi  
espíritu que concluí por quemar lo  
que adoraba y adorar lo que quemaba.

— Otra copita de coñac, Sr. Navarro.  
— Nueva otra, que este frío va quemando  
más de lo que yo quisiera.  
Y continuó:  
— El Gral. Díaz, hasta 1875, era lo  
que llaman en inglés, un Coarse  
man, low fellow, esto es, un hombre  
ordinario, grosero y rudo, pero no sin hi-  
dalguía y en varios de sus procederés.  
¿Habíase sus pocas buenas acciones a  
su primera esposa la Sra. D<sup>a</sup>  
Ortega Reyes? Cuando era comandante  
militar de la Plaza de Oaxaca, esta  
Señora evitó la consumación de  
muchos crímenes. Entonces el hombre  
duplex no se ostentaba en toda su  
magnificencia exterminadora: su im-  
personable doblar permanecía en estado  
latente. Triunfó por una chiripa. Su  
posición de Presidente le obligó a  
moverse en un círculo superior al  
suyo. El perseguido se tornó en perseguidor,

el despreciado en ensalzado; el hu-  
milde en soberbio; el audariego en  
político poltrón, el sobrio en sibarita;  
el audaz en medroso, el casto en sen-  
sual. El pobre hombre llegaba a la  
presidencia a los 50 años; estaba se-  
diento de todo, hasta de los gozes  
plácidos y tranquilos de la familia,  
que nunca los había disfrutado  
en su trágica carrera de aventuras.  
Todo le pareció nuevo y novísimo  
como a los primeros navegantes que  
llevó Colón de América a Europa,  
las suntuosidades de la reina Ysa-  
bel. El poder le intoxicó y la  
atmósfera de lujo lo enervó; de tal  
manera debió impresionar su ima-  
ginación esa metamorfosis, que hubo  
de trastornarle el ánimo y dar  
al traste con sus buenas fin-  
tenciones. Esa especie de transfigu-  
ración moral debió ser precedida

32

por la física. Hay quien refiera que  
ya en el poder se daba humos con su  
humilde familia saxaqueña de hombre  
de prosapia y linaje, imitando hasta  
lo grotesco, los modales y las maneras  
de Alberto Ferreros y Pascho Landero  
y Cos. En la mesa del hogar suprimió  
los frijoles, con el pretexto de que eran  
explosivos y poco aristocráticos: des-  
teñó asimismo las tortillas, el chile y  
el atole, importando arbitrariamente  
en el desolado hogar, la cocina fran-  
cesa. Su bendadota señora, que vera  
enemiga del lujo y las exhibiciones,  
fue obligada a vestirse a la des-  
cotada y a circular como una pe-  
lota de seda en todos los sitios  
públicos.

Fu no eres aristócrata como yo, del-  
fina, - solía decirlo con bafa.  
Dio en criticar a la heroica señora  
en cuanto hacia y dijera.

- No me gusta la lectura de los periódicos, ¿y tú, Porfirio?

- Se dice lectura y no letura, del-  
finita.

Todos esos alfilerazos, amén de los vol-au-vents, calientes y demás comidas exóticas, fueron minando la salud de la virtuosa señora, hasta que Dios Nuestro Señor, compadecido de ella, la llamó al seno de su gloria.

oblitus - que merum - oblivendus et illis

x

Prosiga Ud., Sr. Navarro, - me acuerdo que dije, ya picado, al Sr. D. Juan, que en aquellos momentos, a la luz del gas, semejaba grandemente al doctor Fausto antes de su metamorfosis.

- Ah! ¿quiere Ud. seguir hasta

el fin y la evolución de ese espíritu?  
--- Sigámonle, amigo Don Sebastián, sigámonle..... Una vez viudo quiso aparecer joven, quiso aparecer hermoso..... Vestióse, o vistieronle como un dandy, cargáronle de perfumes como a un camello árabe de birra; enseñáronle el argot de la calle de Plateros, y finalmente hicieron del digno militar de 71, un irrisorio muñeco, traído, llevado y manoseado por unos cuantos petardistas de quante blanco. Pudo a t. citarle los nombres de los que tan malo hicieron? Jorge Hámeken y Mejía, los dos Rincón Gallardo, Alberto Ferreros, los Lauda, el cajo Adalid, Sierra Méndez, Rascuráin, etc. etc.... Naturalmente, en esa sociedad mas típica que hipica, Porfirio Díaz cobró repulsión a sus viejos y rudos compañeros de armas a quienes todo debía, por los brillantes advenedizos,

que todo lo debían. La presencia de aquellos le traía á la memoria padecimientos y quebrantos, mientras que la de estos otros no era mas de un continuado festejo en el que vollicaban las luces y los perfumes. A esos dos fenómenos de segregación y asimilación, sucedió otro, el más grave y morboso: el amor de viejo. Cuando este último comenzó á desenvolverse en él, ya otra de sus idiosincrasias, la afancia, se iba desvaneciendo al ruido de la Champaña descorchada. El Sr. Díaz ha sido siempre, no diré merquino, tacaño de medio á medio, vicio muy raro en la noble profesión militar. Cervantes lo ha dicho con gran donosura en Don Quijote: — "Y la condición que tenía de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que escuela la soldadesca donde el merquino se hace franco,

34  
y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables son como monstruos, que se ven raras veces." Ese monstruo era Porfirio Díaz: con decirle á Vd. que escatima las onzas de paja dadas á su caballo, cuando lo necesitaba tanto para correr, está dicho todo.

— Hombre, hombre! Don Juanito, ¿es posible todo esto?

— Amigo y Señor Don Sebastián, nada más que le recomiendo á Vd. el sigilo. ¡Tienen tantos oídos las paredes!

— Sigá Vd., aquí no hay un Alfredo Chaves, ni un Cartaxena y Nájera.....

— Pues bien, el momento histórico se aproxima! No pierda Vd. una sílaba de esto que voy á decir..... Pero antes veamos qué hora es..... las nueve! terrible trasnochada, amigo y Señor Sebastián; unos minutos más y me despido.

— ¿Otra copita de cognac?



Pero hombre si hemos coleado  
ya tres. venga la última! qué Caray!  
Don Porfirio suspiraba y suspiraba  
hasta quebrar con sus suspiros las  
duras rocas. En ese estado patológico del  
Sr. Díaz, el poeta Hamelén concertóse  
con el Sr. Romero Rubio para curar  
la melancolía del enamorado guerrero. Un  
ex-Presidente viudo y con probabilidad  
de ser Presidente una vez más, si no es  
que toda su vida, es lo que se  
llama matrimonialmente un buen partido.  
Aquí principia la struggle for  
life. Los Ruicón hubieran querido  
emparentar con el Sr. Díaz, pero des-  
graciadamente no tenían hermanas  
ni hijas casaderas. En la misma  
desagradable situación se hallaban  
los miembros del Club de Caza  
y Pesca, Jockey Club, etc. etc. Y era  
preciso casar al Sr. Díaz: dejarle  
en el aislamiento de la viudez

35  
cuando alcanzaba la cuarta juventud,  
hubiera sido inhumano. Pero qué  
patricio ilustre, qué magnánimo varón  
tendría el desinterés de calmar los  
dulces tormentos del amartelado caballero  
emparentando (espiritualmente, se entiende)  
con él? ¿Quién?

- El Sr. Romero Rubio

- ¡Christ! es ya Senador....

- ¿Pero es o no suegro de mi ilustre  
rival en la Presidencia?

- No lo es todavía, lo será el mes  
que entra.

- ¿Y es ya Senador? ..... Oh! los  
suegros van muy de prisa.

x x  
- De las cenizas de ese holocausto-  
prohibido, el Sr. Navarro, - nació - el  
finis del lerdismo - digo que nacerá,  
cuando el holocausto se verifique.  
(Nombre, me viene algo achispado,

amigo y Señor Sebastián). Y del carro  
triumfante de Cupido tirarán Gochicoa  
y Villada, Pedro y Joaquín Baraufla, los  
hermanos Barroso, Justino Jervaindez  
y..... Pero hombre, ¿en que consiste  
que nuestra generación se ha de-  
gradado? Oh! ¡virtud! ¿serás tú  
solo un fantasma?.....

Y después de una pausa co-  
mune, en sarcástica aspereza:  
— El motor de esa evolución no  
ha sido el vapor, ni la imprenta,  
ni la electricidad, ni el fonógrafo...

..... Ni Fulton, Sutterberg y Edison  
tienen vela en ese himeneo (o en-  
tierras, como R. quiera llamarle). Ha  
sido sencillamente una mujer!  
..... una mujer!..... una mujer!.....

Y concluye en tono humilde:  
Lo que soy yo, trato con respeto hasta  
la criada de mi casa; ¿quién sabe si ma-  
ñana será la mujer de algún Presidente de los Estados Unidos!

# Cordón sanitario

## XIV.

Las enfermedades morales suelen  
ser tan infecciosas como la viruela negra  
y el cólera morbus: el inquisidor que  
prohibió en España los cuentos de  
Boccaccio, precedía con tanta justi-  
ficación como la autoridad que  
en nuestros días establece las cuarentenas  
a los lugares infectados.

Nadie tiene derecho a romper  
física ni moralmente.

Obedeciendo a esa ley higiénica de  
la propia conservación, precedí a esta-  
blecer un cordón sanitario entre mi  
domicilio y la correspondencia que recibía  
de México: todas las cartas procedentes  
de mi patria sufrían la fumigación de  
manos de mi secretaria Espinosa. Las

amigo y Señor Sebastián). Y del carro  
triumfante de Cupido tirarán Gochicoa  
y Villada, Pedro y Joaquín Baraufla, los  
hermanos Barroso, Justino Jervaindez  
y..... Pero hombre, ¿en que consiste  
que nuestra generación se ha de-  
gradado? Oh! ¡virtud! ¿serás tú  
solo un fantasma?.....

Y después de una pausa co-  
mienzó con sarcástica aspereza:  
— El motor de esa evolución no  
ha sido el vapor, ni la imprenta,  
ni la electricidad, ni el fonógrafo...

..... Ni Fulton, Sutterberg y Edison  
tienen vela en ese himeneo (o en-  
tierras, como tú quieras llamarle). Ha  
sido sencillamente una mujer!  
..... una mujer!..... una mujer!.....

Y concluyó con tono humilde:  
Lo que soy yo, trato con respeto hasta  
la criada de mi casa; ¿quién sabe si ma-  
ñana será la mujer de algún Presidente de los Estados Unidos!

# Cordón sanitario

## XIV.

Las enfermedades morales suelen  
ser tan infecciosas como la viruela negra  
y el cólera morbus: el inquisidor que  
prohibió en España los cuentos de  
Boccaccio, precedía con tanta justi-  
ficación como la autoridad que  
en nuestros días establece las cuarentenas  
a los lugares infectados.

Nadie tiene derecho a romper  
física ni moralmente.

Obedeciendo a esa ley higiénica de  
la propia conservación, precedí a esta-  
blecer un cordón sanitario entre mi  
domicilio y la correspondencia que recibía  
de México: todas las cartas procedentes  
de mi patria sufrían la fumigación de  
manos de mi secretaria Espinosa. Las

que en el sobre traían la letra de los  
herdistas mis amigos, iban a dar al  
fuego sin juicio ni apelación.

De cartas judiciales haberme con-  
tagado no impunemente se pasa por  
un lugar infectado.

Espinosa tenía orden de pa-  
sarme todas aquellas epístolas que  
hubieran un sello extranjero, lo mismo  
que la de introducción a los ex-  
tranjeros que desearan visitarme.

Una mañana, después del al-  
morzo, se presentó en mi estudio el  
maître d'hôtel con una carta certi-  
ficada en la mano.

¿Será que el Sr. Romero Rubio  
insiste en escribirme? Pensé yo no  
sin profundo disgusto.

Mas vi el sello de la misiva  
y me tranquilicé: tenía nombres pos-  
tales de la Habana.

¡Vamos! ¡Vamos! ¿qué contendrá esto?

Y abrí la carta, con temerosa in-  
quietud. Decía así:

— "La Habana, Julio de 1881 - Sr. D. Sebastián  
Herdo de Fajada Nueva York - Muy respe-  
table y distinguido Señor: Le diría  
que después de 14 años, Sr Herdo, V. el ven-  
cedor de entonces y yo el vencido de  
aquella época, nos hallamos en  
análogas circunstancias en el extranjero.  
A Ud. por defender la libertad se  
le llama un tirano; a mí por de-  
fender la religión se me llama un  
traidor. Si Ud. andaba atinado en  
sus opiniones y yo errado en mis  
creencias, el resultado ha sido el  
mismo: el destierro."

"En nuestro destino final exis-  
ten singulares coincidencias, siendo  
una de las más extraordinarias la  
de que el hombre que causó la ruina  
de Ud., fué escogido por la Divina  
Providencia para salvarme la vida:

ya Ud. comprenderá que me refiero al Sr. Gral. Diaz, personalidad la que después de Dios, y de la memoria de mi Emperador Maximiliano, venen sobre todas las cosas. Entiéndase que esa veneración no llega hasta privarme del derecho de quejarme y de decir verdad, quejas y verdades que juntamente leerá en la presente!"

"Me mueven á escribir á Ud. y de preferencia á ningún otro de mis correspondientes, dos razones especialísimas siendo la primera la condición que tiene Ud. de prosocrito y ageno ya, á lo que sé, á las cosas de México, y la segunda, su calidad de reformista avanzado y nada sospechoso á los hombres de su partido. Porque lo que tenga de decirle, sancionado con su opinión (si llegara á publicarse), tendrá la noble fuerza verídica que mi dicho no alcanzaría ais-

ladamente, y menos confirmado por alguno de los antiguos conservadores del 59 que todavía existen."

"Si diera N. á luz alguna obra con respecto á la intervención francesa, esta coincidencia, que más bien una Confesión, podría servir de base, si no histórica, si deductiva para apreciar algunos de los sucesos que se verificaron antes y después del sitio de México. Como quiera que estoy escribiendo un libro abundantemente descriptivo de ese sitio, me abstengo de comunicarle á Ud. detalle alguno, y solamente paso á revelar el hecho capital de mi fuga de aquella Ciudad, para que Ud. lo comente, anote y archive entre sus papeles, si lo considerare de interés público."

"Los periódicos del Sr. Diaz han escrito mucho de la llamada traición

de mi subordinado el Coronel López; ¿por-  
qué no han dicho una palabra de mi  
escapatoria de México?"

"Pero Ud. estará infraciudad, Sr.  
Lerdo, y no quiero abusar de su com-  
placencia: lea Ud. si a bien lo tuviere."

"Plaza sitiada, plaza tomada,  
decían los antiguos soldados y con  
ellos nosotros. Pero bien mirado, esto  
no pasa de ser una frase que la  
rutina elevó a la categoría de aforismo;  
son más los sitios que se han le-  
vantado que las plazas que se han  
tomado, desde el de Saint Jean d'Acre  
por Bonaparte hasta el reciente  
de París. El asalto, así como la  
defensa de una plaza, no es  
cuestión de ciencia. La verdad del  
principio geométrico que encierra es  
indiscutible. Dentro de la plaza de  
México tenía yo a mis órdenes  
multitud de oficiales austriacos y

belgas, científicos en su mayor parte,  
y cuyos conocimientos en estrategia,  
definitamente maravillado las más veces;  
es cierto que no estaban bien pagados  
ni mucho menos, pero habían con-  
servado enteramente el espíritu de dis-  
ciplina. Del lado del General Díaz  
no había más de guerrilleros y chinacos,  
muy útiles para el terreno a  
campo raso, pero del todo inútiles  
y pestíferos en un sitio en regla.  
En consecuencia, pude prolongar el  
sitio hasta el mes de agosto, de  
no ser por una grave deficiencia sur-  
tida entre mí y el Sr. Favera. Y las  
cosas llegaron a tal punto, que  
temí un movimiento anárquico  
dentro de la misma plaza. Estando  
en estas violentas circunstancias, re-  
cibí un mensajero con una carta  
del Sr. Díaz, en cuya carta el jefe  
sitiador me ofrecía toda clase

de garantías siempre que le acordara una entrevista para tratar de la capitulación de la plaza. Pasaba esto el día 5 de junio de 1867. Respondió que me era imposible la entrevista personal, pero que me escribiría cuanto deseara siempre que no se tratara de una capitulación. El día 6, en la noche, tuvo lugar un acontecimiento que cambió, sin embargo, mis anteriores propósitos. Estando yo en mi alojamiento con el General Vidaurri y otros oficiales superiores, se escuchó un resaca de los torres de Catedral, siguiéndole los otros templos, a la vez que se oían cohetes, músicas y otras muchas muestras de regocijo. Era las nueve de la noche cuando esto pasaba; y como yo tenía ordenado que no se hiciera ninguna manifestación pública sin

40  
mi permiso, alarmóme la algazara y temí que el enemigo hubiera pasado las líneas fortificadas por medio de una traición. Salimos rápidamente a la calle yo, Vidaurri, el Coronel austriaco Don Breker y el Comandante Villeneuve. La causa de ese alborozo, bien pronto fué sabida: el General Favera había recibido pliegos especiales participándole que el sitio de Querétaro había sido levantado y otras mentiras semejantes. Sin contar conmigo ni inquirir la certidumbre o falsedad de esas nuevas, dióles todo el vuelo posible con el fin de alentar y desalentado espíritu de las tropas y de la población. Originóse de esto una seria disputa entre el General Favera y yo a quien encontré en la puerta del Hotel "Turbide rodeado de algunos ayu-  
dantes."

"El día 8 fuí á recorrer las fortificaciones, encontrando á nuestros soldados perfectamente desalentados; ese mismo día, en la tarde, recibí otra carta del Gral. Díaz, no tan apremiante como la anterior, sino que más blanda y llena de promesas tentadoras. El General me proponía abiertamente una entrevista, la que acepté bajo condiciones que en esta carta no me es posible revelar. Pactadas las garantías de una y otra parte, celebró á las once de la noche en el punto que se llama Romita, la acordada entrevista. Don Porfirio vestía dormán azul y botas verdicas; nos estrechamos las manos, sentándonos en un banco de madera situado á dos pasos de la zanja. El General me habló de la precaria situación que guardaba el Imperio, del triunfo de las armas re-

41  
publicanas, en toda la República y de la próxima ejecución de Maximiliano. Dijo que don Benito era un hombre descorazonado y sanguinario, que sus enemigos no habrían piedad en él, y que no era tan liberal como se lo imaginaban; que la mitad del ejército era Anti-juarista, y que aun el mismo no simpatizaba con don Benito, pero que le obedecía por evitar disturbios en el partido republicano; que Juárez y sus ministros, finalmente, durante la intervención, no habían hecho más que correr en coche de aquí para allá, escribiendo alabanzas propias á los periódicos extranjeros que les atribulan toda la gloria de la campaña."  
"Entrando de llano en la cuestión, dijo que si se tomaba la plaza sería yo fusilado, irremisiblemente, tan grande era el odio que me



tenían los juaristas; y que, sin entregarle la plaza, solamente la abandonaba yéndome para el extranjero, él me daba los medios de conseguirlo, y que si me hacía esta proposición era porque mi nombre inspiraba un verdadero terror entre muchos de sus soldados y quería evitar mayor derramamiento de sangre."

— "Pero no me abarrece V. a mí como sus compañeros, Sr. Díaz? díjeme dudando de la sinceridad de sus palabras."

"No, compañero, le estrechada su mano; a quienes detesto es a O'Horan y a Vidaurri. Ah! si yo los atrapo!"

"Se han inventado innumerables consejas de mi fuga de México, siendo una de las más novelescas la de que ocupé durante varios días un

nicho vacío en el cementerio de Santa Paula, no comiendo mas que lo que me llevaba a media noche el sepulturero. No sé en qué novela rusa había yo leído cosa semejante. Los buenos dados a la novedad aseguraron que yo había escapado disfrazado de carbonero, esas dos hipótesis no tienen ni el mérito de la invención. Voy a desvanecer todo ese cuento con unas cuantas líneas de prosa; leedme, jóvenes, que os habéis nutrido con las admirables novelas de D. Juan A. Matos, leedme! leedme!"

En la calle principal de Tacubaya, a la derecha, (llegando por el lado de México) había en 1867 una pequeña casa con ventanas verdes, y sombreada por un copulento fregno. Adentro, de un largo jardín estaba circundado por elevadas tapias. En esa

casa se alojaba desde principios del sitio de México, el coronel F. del Estado Mayor del Sr. Díaz, y hombre de toda sus confianzas. El día 11 de Junio, contando con las suficientes garantías del eminente caudillo republicano, desaparecí de la Ciudad de México refugiándome en aquella casita que me sirvió de santuario. Se había practicado un pequeño subterráneo en el jardín, de quince pies de profundidad, por ocho de extensión en su fondo; un pequeño catre de campaña, una lámpara y mis armas, constituían todos los enseres de mi escondite. El coronel vivía con una querida y dos asistentes, pero a estos, y a aquella, los despatchaba fuera a las primeras horas de la noche, y allá a las once, venía

43  
él solo con mil precauciones, a traerme los alimentos, lo mismo que los periódicos. Decíame piéndonos que se me buscaba por todas partes y que las escoltas cateaban diariamente las casas de México con la esperanza de encontrarme; que el mismo General Díaz seguía tan a la perfección su tenacidad en buscarme, que había ordenado la baja de un capitán porque no registró un domicilio con la escrupulosidad que debiera, y que los generales a la ordenes del Sr. Díaz eran los más activos y rabiosos en buscarme. Otro día registró el fusilamiento de Vidaurri, otro el de O'Horan y así sucesivamente. Como estaré yo de temeroso e inquieto! mi destino dependía de los labios del General Díaz y una sola palabra de él era suficiente para enviarme a la eternidad. Cuando

a media noche sentía sobre mi cabeza los pasos del Coronel, no podía con- tener el sacudimiento nervioso de mi cuerpo. ¡Dios mío! todavía cuando sueño en esos días de angustia y de tortura, despierto dando gritos de espanto.

— "Por fin, un mes había pasado de permanecer en ese infierno (que fue mi Cielo) cuando el Coronel F me dijo que cogiera mis armas y saliera fuera, que tenía órdenes de conducirme salvo a bordo del vapor Mexumac puerto en Veracruz.

— "Pero me conocerán en el camino, contesté alarmado."

— "Todo se ha previsto, venga V. conmigo."

"Seguíle en medio de las tinieblas y el silencio: abrió una puerta y penetramos en una salita; el Coronel encendió luces, y sacando una na-

vaja de afeitarse me dijo: "¿Sabe Sr. afeitarse solo? es preciso hacer desaparecer esa barba... y como ha emblanquecido!"

"Le dije que sí; pero observando el que mi pulso temblaba, aseguréme que había sido barbero en su juventud y que procedería a rasurarme. Llegué completamente desfigurado y más aún cuando troqué mi traje por uno del asistente del Coronel F." A los seis días después alcanzábamos el Puerto de Veracruz y dos horas después me hallaba sano y salvo a bordo del vapor americano, que salía una hora más tarde para la Habana. Al despedirse de mí, díjome el Coronel:

"El General Díaz ha cumplido su palabra! no es el león como lo pintan ....."

"Ahora, Sr. Herdo, las quejas son...."

— Nombre! hombre! leoncitos á mí,  
á mi leoncito, y á estas horas?

Así exclamando dejó caer la  
carta sin concluir de leerla: ¿qué me  
importaban á mí las querellas extra-  
oficiales de esos señores? Lo que me  
trasmonta y suspende el ánimo es  
eso de que el Sr. Díaz salvara la vida  
al Sr. Márquez, porque el hijo po-  
lítico del Sr. Romero Rubio resiste á  
todas las tentaciones, menos á la de  
matar y desear la Presidencia.

— Sr. Navarro, llega Ud. á tiempo: ¿cree  
Ud. que don Porfirio perdonara la  
vida á D. Leonardo Márquez?

— La respuesta es muy sencilla: ¿era  
amigo del Gral. Díaz el agraciado?

— No era enemigo.....

— Entonces lo creó. Si ha sido su  
amigo, no doy una peseta por la  
vida de D. Leonardo. — Pero enténdase  
que lo dice Juan N. Navarro, Doctor en

Medicina y Cirujía, y no el Consul Navarro.  
— Enterado, amigo D. Juanito, enterado.

Desde ese día, para evitar recibir cartas  
tan desagradables como la anterior, hice  
extensivo el cordón sanitario para toda  
clase de epístolas, nacionales ó extranjeras,  
así como también para los personajes  
equivocos que de visita en Nueva York  
echaban sus vistazos para mi casa, con  
esa curiosidad estúpida del papáin,  
que pasa horas enteras en la  
menagerie, contemplando la fauna  
del águila encadenada.....

# Burro viejo y luna nueva.

XV

Una radiante mañana de la primavera de 1882, me dirigí al turf de Coney Island, invitado por uno de los miembros del Jockey Club, de Nueva York. Los médicos me habían prescrito mucho ejercicio al aire libre, alimentación nutritiva y abstinencia completa de labores intelectuales. Se me había impuesto ese régimen, debido a la sensible prostración cerebral que me aquejaba, la que revestía tal gravedad que mis ideas concuraban a ser vagas e indecisas como estrellas de invierno en esos cielos del Norte. Una idea, sobre todas, se había incrustado en mi cerebro como el coral a la roca marina: la traición de unos cuantos

mexicanos y la indiferencia de la mayor parte. - "¿Habrán una manifestación popular para llamar a la Patria? ¿Se habrán convenido de que después de pelear tantos años por la libertad sólo han recorrido un círculo vicioso, viniendo a caer de rodillas ante el sable? En vano quería espantar esa idea que me perseguía como aguijón de mosca en hilera abierta - imposible! Y las horas pasaban con los días, y los días con los meses, y los meses con los años, y allí en México, ni una revuelta que acuse virilidad, nada, ruido de botellas, de dinero y de fusiles, armonías de taberna, de garita y de cuartel! - ¿Pero que me importa todo eso? Veamos el turf. Ah! ese caballo se llama Kingston y aquel otro de color anaranjado es Prince Royal! Los corceles parten con la velocidad del huracán; de repente, uno de los jockeys a media carrera cae a

tierra precisamente frente a mí..... Hombre,  
lo maté!..... y medio muerto se quedó  
inmóvil; yo me acerqué; el jockey movía  
los dedos murmurando entre dientes my  
whip! Ah! fide el látigo..... Oh! poder  
de la idea fija!  
y torné a pensar en México.....

Al día siguiente, al leer el  
Herald, me encontré con el delicioso párrafo  
que a continuación traduzco y que  
he conservado como un modelo del  
reporterismo en los Estados Unidos:

"Un reporter del Herald ha sido  
el primero en entrevistar a Mr. y Mrs.  
Porfirio Díaz, lo mismo que al suegro  
(father-in-law) y otros distinguidos mexi-  
canos que se hospedaban en el Hotel B. El  
General es un hombre de color bronceado,  
ojos duros y bigote áspero; su estatura  
es elevada, y sus maneras son las

de un soldado. Es hombre de edad madura,  
aunque representa apenas de cincuenta a  
sesenta años. No habla más idioma que el  
español y tuvimos que entenderlo con él  
por medio de un intérprete. Mrs. Díaz  
es una joven blanca y delicada, tan joven  
que parece ser hija del que es su  
suegro. A este particular nos refiere el  
intérprete la siguiente anécdota: entre  
Chicago y Nueva York, entró al mismo  
carro ocupado por los ilustres viajeros  
mexicanos, un joven millonario de Chicago,  
cuya familia ha acumulado mi-  
llones de gallardo, pesos. Impresionado  
a la vista de la bella flor de los  
trópicos, y juzgándola hija y no es-  
posa del Gral. Díaz, Mr. Bacon (casi  
se llama el joven) se enardeció al ex-  
tremo de seguir a los honorables ex-  
tranjeros hasta el Hotel, con la esperanza  
de adquirir allí el nombre de la hija  
incógnita. Y cual no sería el des-

encanto del Hamlet chicaguense, sa-  
bedor de que la dama perseguida no  
era Miss sino Mrs. Díaz? Es decir,  
no una Señorita sino una Señora?"  
Salte' de la ~~cabana~~ cama echando  
al aire las sábanas: me impresionó más  
esta noticia que la recibida después  
del triunfo de Picoac. Porque esta sólo  
amenazó mi vida, mientras que aquella  
amenazaba mi dignidad, que yo es-  
timo más que la vida. > Digo digni-  
dad, porque los notables Hueipetes  
trataban indudablemente de visitarme,  
cosa más difícil de evitar que los  
pronunciamentos de autano del  
caudillo. Si los recibía, tendría  
que estrechar la mano de un  
enemigo desleal y la de un amigo  
mucho más desleal y peligroso  
que el enemigo mismo. Situación  
nada agradable para un tem-  
peramento nervioso como el mío.

Ahora, dado el sortentoso finisimo  
del suegro y del yerno, al ofrecerse una  
posición oficial por conducto del Sr. Stamenew,  
era de temerse que tuviera  
la audacia de hacer irrupción en  
mi domicilio, y al tenerlos dentro, claro  
es que no podría arrojarlos con la  
escoba sin violar las leyes de la  
hospitalidad, que me son sagradas,  
y las de la decencia, que me son  
geniales.

Ante bellum puse mis habitaciones  
en riguroso estado de sitio, ordenando  
a Espinosa que no dejara acercarse  
a ningún sospechoso, declarando  
sospechosos también a los Sres. Navarro  
y Alvarado, que podían fácilmente  
ser cohechados para guiar a  
los Sres. Díaz y Romero Rubio dentro  
de mi fortaleza.

El Casalt no se hizo esperar. Ese  
mismo día, á las seis de la tarde,

recibí por el teléfono interior el siguiente parte.

— Señor Lerdo!

— Aquí estoy!

— El enemigo avanza sobre la derecha, mírelo V. con precaución!

— Entrado: vuelva V. a su puesto de guardia.

— Este Espinosa vale oro en cuarzo!

Me acerqué con pasos de gato a la ventana de la derecha, levantando la cortinilla muy suavemente. Por la acera de la izquierda venían tres personajes de la más extrema catadura: en su contorno de pugilista y mal llevada levita, reconocí al más alto don Porfirio Díaz. Seguía una persona recordada que imitaba el paso: Romero Rubio. Y cerraba la marcha una personilla negra vestida de verde - algún general oaxaqueño. La columna de adaltes abrió por un instante la fachada de

mi casa, aproximándose después resuelta a embestirla.....

Retiréme de la ventana, y acerqué mi oído a la puerta del fondo: se oía vago rumor de voces y de pasos amortiguados en la alfombra. Pasaron cinco minutos y la campanilla del teléfono comenzó nuevamente a repicar:

— ¿Es Ud, Espinosa?

— Sí, señor, el mismo. El enemigo se aleja por la izquierda, pero no desmoralizado.

— Entrado: suba V. a rendir el parte.

Subió. Este Niginio ha permanecido a mi lado durante todo el tiempo de mi destierro. No olvidaré su obligación a la hora de escribir mi testamento. Es joven, pero su calvicie es tan grande, que visto por detrás parece estar del frente, y no se sabe la punto fijo si la nuca es la cara ó la cara es la nuca. No parece sino



que por cada idea que brota de mi cerebro se le muere un pelo... ¡Terrible!

Entregamos dos tarjetas, la del Gral. Díaz y la de Romera Rubio; prometían volver al día siguiente y explicaban ser admitidos.

Según la breve conversación que tuvimos con Niginio, traían el salto y seña de mis habitaciones interiores y exteriores, las horas en que me recogía y alimentaba, y las en que salía a hacer mi ejercicio cuando el buen tiempo así lo convidaba a hacer.

No les faltaba más que un croquis de Henry House para completar la petición...

Se presentaron al siguiente día trayendo en rehenes al Sr. Navarro. Es claro que sospechaban de mi resistencia a admitirlos y quisieron abrirse paso hasta mí por medio

de un ruse de guerre. Afortunadamente para mí (y desgraciadamente para ellos), mi puerta como mi mano, quedará cerrada ahora y siempre para gentes semejantes! Volvieron una vez más y una vez más por todas, fueron inexorablemente rechazados!

No descalzándose hallarán sus inmundos pies el tabernáculo de mi hogar. Nunca! Nunca!

× × ×  
¿Cuáles eran los móviles de esa intencional de reconciliación? Tanto para el suegro como para el yerno, he sido yo algo más que un enemigo que cae, y un remordimiento que se levanta.....

No remordimiento de esos que afectan la conciencia (que ellos no la tienen) individual, sino más bien la colectiva: mientras yo permaneciera

en el ostracismo, mi actitud se definiría en México como una protesta a todos los actos del Gobierno. Una reconciliación, implicaba lógicamente una sanción: sanción del Poder usurpado y de todos los actos de su procedencia. En el espíritu público, un acto de esa magnitud hubiera acallado muchas murmuraciones y destruido en germen una revolución que hoy fermenta en el alma nacional.

Se comete un fusilamiento en masa v.g. como el de Veracruz: oíd cómo ese espíritu público se expusa:

"Don Sebastián no habría perpetrado semejante atrocidad."

Se hipoteca la patria con onerosos empréstitos en el extranjero:

"Don Sebastián jamás lo hizo, es un buen mexicano."

Se amordaza a la prensa, se le humilla y se le envilece:

"Don Sebastián, verdadero liberal, jamás sonó en un tan odioso despotismo."

El pueblo emite un respacho y le da fuerza con una similitud personal: esa personalidad - que es la más va asociada con una serie de hechos paralelos.

¿Cómo debilitar esa oposición que tiene, por decirlo así, una eufemización?

Suprimiéndome a mí, eso es evidente; pero no suprimiéndome como hombre, sino como un símbolo del derecho. Para llegar a esta última solución, no habría más medio que el de una transacción: una vez hechas las paces se me suplicaría volver a México, como ya se me había brindado con un puesto diplomático. Mi retorno al país se habría interpretado como un reconocimiento tácito del actual orden de cosas, disminuyendo, si es que

no extinguiéndose del todo, la pasiva hostilidad y repulsión que inspiran al pueblo los nombres de las vías y de Romero Rubio. Porque los mexicanos somos como los granos de pólvora: solos, nada valemos; pero juntos, hacemos explosión. . . .

Después, así el Negro como el Yegre, o sea Sterodes y Pilatos al Ahauar a mi puerta con fenomenal cinismo y sin antes proveerse de una máscara de bronce, lo hacían impulsados por un refinado egoísmo y una dolosa ambición. Yo les abandono al desprecio ~~universal~~ nacional.

Y no sé en verdad cuál de los dos será el más despreciable, si el que vendió a la hufa o el que la compró. . . .

Ocho mortales días duró el estado de sitio; al noveno pregunté al Sr.

Navarro, por teléfono:  
— ¿Se fué ya l'homme qui pleure?  
Y una voz que sospecho no sería la del Sr. Navarro, por lo gaugosa, me respondió:  
— Ya se fué con l'homme qui vende.

# El "Rouge et Noir"

XVI

Cuenta Rabelais en su libro Gargantúa, que las primeras palabras que pronunció este gigante, cuando comenzó a hablar, fueron las de: *À beber! à beber!*

El gobierno del Sr. Díaz, que ya es gigante en el vicio, balbuceó desde su infancia estas otras: *à jugar! à jugar!*

Entre la baraja y la ruleta, ha nacido la generación de 1879.

Cuenta 10 años de vida, está todavía en la infancia, pero sabe distinguir con más claridad una sota de bastos que una línea tangente en geometría ó un diámetro polar en geografía.

Es indudable que las primeras impresiones son las más indelebles: el gitano que desde niño ve practicar

el escamoteo, sale tan suelto de manos que vale hasta los mismos bolsillos del padre que lo engendró.

Hay en el muchacho la idea refleja que hay en el mono: hace lo que se hace, sin ver lo que hace.

Un amigo de México, me escribió a este respecto un curioso episodio:

"Cierta día - me dice - salí con mi hijo que apenas hace pininos con el objeto de comprarle algunos juguetes: en vano recorrí todas las tiendas donde esto se venden, enseñando a la criatura, ya caballito de palo ya soldaditos de plomo, ahora cochecillos, más allá muñecos de todas formas, y nada le agradaba y seguía haciéndolo pucheros. Por fin, en la última visitada, había miniaturas de ruleta con su correspondiente juego de colores. Ver esos juguetes y abalanzarse sobre ellos el niño, todo fue uno . . . . No sin asombrarme con-

pielo la puleta, cavilando el porqué mi Joaquinito había concebido tan extraño capricho. No podía ser hereditario, porque ni yo ni mis padres y abuelos hemos jugado en la vida. J.... Procuré aclarar el misterio y a los pocos días descubrí...  
..... Era que la piluama asistía con el niño, en brazos a la casa de juego de la Calle del Coliseo!....."

En mi Administración no se permitió ningún juego de azar: de aquí que los tafures se convirtieron en mis más furiosos enemigos y en amigos del Sr. Díaz. ¿Y qué otra cosa era entonces este señor sino un albur revolucionario?

Me acaba de llegar una carta en que se da cuenta de un suceso trágico originado por el juego, la muerte del Conde Joanini, Ministro de Italia cerca del Gobierno

de México. Extracto de ella lo esencial:

"Se acaba de suicidar el Conde Joanini, que yo conocí en Nueva York. Trució en los misterios del tapete verde el General Pacheco, y aun se dice que entre este, Díez G. y Narango, lo despojaron de diez mil libras en su injiciación. El diplomático quiso rerarcirse de era perdida frecuentando las caras de Alfaro y Martel, es decir, huyendo de los perros fue a dar en garras de lobos. Exceso decir a N. que si aquellos lo desplumaron, esto lo desollaron vivo. Viéndose perdido, el desdichado noble italiano recurrió nuevamente al Sr. Pacheco, jugando con este y perdiendo en una noche todas las Hojas de la Condera, que el descorazonado loco tuvo la imprudencia de aceptar sin ningún recordimiento. Joanini volvió a su casa a las cuatro de

La mañana en el carnaval de Tacheco; se vistió con elmero de riquerosa e-  
tiqueta, fué a dar un último beso  
a sus hijos, cuando ya la mañana  
clareaba, y encerrándose en su estudio,  
se disparó una pistola de duelo  
en el oído derecho. Esa tragedia es  
el tema de las conversaciones en esta  
Ciudad.

El Sr. Romero Rubio, cuando  
era Ministro, se había empeñado  
en que permitieramos el juego y  
me decía, con ese repulido cristismo  
que le es genial:

El vicio del juego, Sr. Presi-  
dente, está en el temperamento na-  
cional. Autorizándolo, no hacemos  
más que obedecer a las leyes de tra-  
dición y a una exigencia del ins-  
tituto mexicano...

- Pero, Sr. Ministro - le respondía yo  
asombrado - el dinero procedente

de todo juego de azar tras la des-  
gracia.....  
- Escripulos, Sr. Herdo, escripulos  
y nada más: el dinero no tiene olor  
..... non olet, como decía nuestro  
maestro de latín.....

El día que recibí la carta a-  
nunciándome la muerte de Joanini,  
era el de mi natalicio: cumplía se-  
senta y cinco años de vida, y me ha-  
llaba tan solo como cuando estaba  
en el vientre de mi madre. Oh! si  
mi cuna está muy lejos, mi se-  
pultura está muy distante! Mi  
cuna! queda allá en Jalapa es-  
condida entre flores y nubes! Fenia  
yo cuatro años en Abril de 1829 cuando  
fui pasar por Jalapa al presidente  
Gupdatupe Victoria. Iba ginele en  
un caballo prieto, sonriente, con  
su gran sable, que brillaba como  
un chorro de agua a la luz del sol....

Le arrojé un ramo de flores mientras  
mi hermano Miguel me sostenía en sus  
hombros, para alcanzar al borde del cercado.  
Montañas azules, cielo radiante.....  
(pero alguien llama a la puerta, debe  
ser el Sr. Navarro)

Es tiempo ya de que presente  
a Vds. al Sr. Juan N. Navarro, Consul  
endémico de México en Nueva York.  
Es un indio de la misma tribu  
de Sr. Juan N. Méndez, alto, huesoso, de  
piel áspera y apergamunado, de picha  
y bigote canos y de cabellos blancos,  
flaco blanco, que de lejos parecen un  
sturbante en una cara de viejo be-  
duino. No obstante sus setenta años,  
está más bien conservado que un  
chile en viagre: representa apenas  
cincuenta. No le hace un servicio  
a nadie, pero ni lo pide tampoco.  
Dice que su patria la lleva en  
el bolsillo, y dice bien. La muerte

de la primera mujer y de la hija,  
en un mismo día, de vomito, se re-  
volvió a su espíritu, en deusas sombras  
que el tiempo no ha podido disi-  
par todavía. Dice que la vida es  
para el cristiano una fineta, para  
el brahama una carpa, para el  
budhista un sueño y para el  
pesimista una pesadilla..... para  
don Juan Navarro, que no es cristiano, ni  
brahama, ni budhista, ni siquiera pe-  
simista, la vida es el Consulado, y el  
porvenir es el Consulado de Nueva  
York. Así como no se puede concebir  
a Sr. Díaz sin el trazo y la presidencia,  
a don Juan no se le puede imaginar  
sin el Consulado. Es tan ecopíptico,  
que si la noche le llega a sorprender  
en la calle, se quita los zapatos, para  
no gastarlos y sigue descalzo. Si  
llove, se quita el sombrero y cierra  
el paraguas; si tiene hambre, bebe

aqua; si sed, come pau. Todos los días  
lleva al consulado, en la bolsa del  
sobre todo, el almuerzo de la mañana,  
consistente en algunos mendrugos. Sus  
dientes son blancos y aguzados como  
los de un jabalí en el invierno, ó  
los de un beato en tiempo cuaresimal.  
A pesar de esos ligeros defectos, co-  
nozco que tiene por mí gran predilección.

— Primeramente, amigo Sr. D. Sebastián -  
dijome al entrar - Saludo á V. de -  
según dice muchos días como éste.....

— Gracias, hombre, gracias.

— Después, me permitirá que le  
pida por haber desatendido la  
súplica de su ahijada.

— Cuál ahijada hombre, cuál ahijada?....

— Carmelita Romero Rubio, que es-  
cribió á V. rogándole que recibiera  
á su papa y á su esposo, á Ro-  
mero Rubio y á Díaz, á quienes  
tuvo V. la dureza de dar con

las puertas en la cara.....  
— Mire Vd, don Juancito, habremos de  
otra cosa, que estos asuntos me hacen  
más nervioso que una doncellona.....

— Al contrario, Sr. herdo, habremos  
del asunto..... ¿Sabe V. que la actitud  
de crueldad observada por Vd. estuvo  
á punto de dejarme sin el consulado?  
Y sin el consulado, la vida me es  
perfectamente odiosa, si señor, odiosa.

— Pues escuche V, Sr. Navarro, la carta  
que me dirigió mi ahijada Carmen,  
con ese motto voy á leerle á Vd.  
con todos sus puntos y sus comas:

"Nueva York, Abril 21 de 1883. - Señor  
don Sebastián herdo de Fajada - Mi  
muy querido padrino: - Es tal el  
gusto que tengo de escribirle y la  
ansiedad que siento por verle y  
abrazarle, que ya quisiera que  
el día de hoy fuera el de mañana  
y el de mañana durara mucho tiempo.



Papá entregará á Vd. esta carta, sino  
en propia mano antes de verle. Porque  
le verá á Vd. no es verdad, querido  
padrino? Ha acompañado de mi  
esposo el Gral. Diaz que también es-  
pera verle y reconciliarse con Vd. Si  
supiera Vd. padrino, que bueno y generoso  
es mi marido, le perdonara V. todos  
los males que involuntariamente le  
ha causado. El está deseoso de que  
V. vuelva á México, tan deseoso  
como papá y mamá; sus amigos  
le calumniañ presentándole como  
un hombre cruel y rencoroso, siendo  
el reverso, humanitario y generoso  
como pocos. Ah! Padrino, padrino,  
cuanto tengo que decirle cuando  
hablemos á solas! Dios perdonó  
á sus enemigos en la Cruz, per-  
donará V. á Papá que lejos de ser  
un verdugo, solamente ha sido muy  
desgraciado. Hoy irán á verle, y como

58  
no dudo que V. lo recibirá, ya me  
preparo yo para tener la gran dicha  
de verle y quizá volveremos juntos  
á México. Como quedo de rodillas fi-  
diéndoselo á una Virgen de Guadalupe  
que he traído conmigo. - le manda  
mis expresiones de cariño su ahijada  
Carmen"

- Ah! ¿llora V. Sr. Navarro?  
- Es que me acuerdo de mi hijita....  
- Si le mostrás á Vd. la carta de  
mi ahijada, Sr. Navarro, ha sido para  
demostrarle que si no accedí á la  
plegaria de una Señora, menos  
podría acceder á la intercepción  
amistosa de un Consul.  
- Tiene V. razón, amigo y Sr. Don  
Sebastián, y haga V. de cuenta  
que mis palabras son tajos en  
el agua..... y a que se trata  
de confidencias, diré á Vd. que el  
General Diaz se ha cubierto de

vicio, para México es una necesidad no solamente política, sino sociológica. Para muchos de nuestros paisanos el trabajo es una de las cosas más fastidiosas, y el juego y las revoluciones, tareas divertidísimas. Luego, tienen que jugar ó revolucionar; si lo primero, ellos solos se dañan y dejan en paz al gobierno. Si lo último, dañan al gobierno no dejándolo en paz. Y como la tranquilidad es la base de la moralidad pública, tiene Ud. que el juego es una política, un elemento moralizador.

En el Tapete verde hay dos fuerzas de antagonismo, perfectamente equilibradas: la del que pierde y quiere desquitarse, y la del que gana y quiere ganar más. Al uno y al otro nada les importa la forma de gobierno: su actividad intelectual gravita en estos dos vocablos res-

pectivamente: ganancia y la pérdida. Anteriormente se acumulaban fortunas por medio de las revoluciones; al presente, se adquieren por los albuques y las loterías! Así, en sana lógica el gobierno del General Díaz ha sabido sabiamente en permitir y fomentar toda clase de juegos. Yo prefiero ver a México convertido en un inmenso tapete verde que transformado en grandioso campo de batalla. Y advertíase que no habla el Consul, sino Juan N. Navarro.

— Pedro Compadre Navarro ..... tiene la ferocidad de un Schopenhauer.

— Ha dicho Ud. de un jaguar?

— No hombre, me refiero a un pesimista alemán.

— Es lo mismo ... pero yo lo juro por la ceniza de mi cigarro, que si Ud. hubiera autorizado albuques y loterías, esta es la hora que jamba.

de cog no estaría en el Ministerio  
de fomento..... Pero vamos a otra cosa,  
que a lo que venga, venga; aquí está  
esta cajetilla de Cigarrillos habanos  
como humilde souvenir del día de su  
natalecio..... ¿Y a dónde está la  
botella de Cognac? ¡uf! hace un  
calor tropical... ¡uf!!

"Don Sebastián, pido a Vd.  
mil perdones....."

## XVII

La tarde del 21 de Abril de 1886  
me había propuesto visitar el Parque  
Central en compañía del Dr. Alvarado.  
Era una de esas hermosas tardes que  
marcan la transición del invierno al  
verano en estos climas, uno de esos  
días brillantes y calurosos que derriten  
el último trozo de nieve y  
hacen brotar las lilas azules en  
el húmedo sendero. Poníame ya mis  
guantes de color de palo de cereza  
y abría mi saloncito de recepción,  
cuando una forma humana me  
interceptó el paso diciéndome cortemente:  
— Don Sebastián, pido a V. mil perdones...  
El interior de las casas americanas  
es generalmente oscuro. Construidas en

de cog no estaría en el Ministerio  
de fomento..... Pero vamos a otra cosa,  
que a lo que venga, venga; aquí está  
esta cajetilla de Cigarrillos habanos  
como humilde souvenir del día de su  
natalecio..... ¿Y a dónde está la  
botella de Cognac? ¡uf! hace un  
calor tropical... ¡uf! ¡uf!

"Don Sebastián, pido a Vd.  
mil perdones....."

## XVII

La tarde del 21 de Abril de 1886  
me había propuesto visitar el Parque  
Central en compañía del Dr. Alvarado.  
Era una de esas hermosas tardes que  
marcan la transición del invierno al  
verano en estos climas, uno de esos  
días brillantes y calurosos que derriten  
el último trozo de nieve y  
hacen brotar las lilas azules en  
el húmedo sendero. Poníame ya mis  
guantes de color de palo de cereza  
y abría mi saloncito de recepción,  
cuando una forma humana me  
interceptó el paso diciéndome cortemente:  
— Don Sebastián, pido a V. mil perdones...  
El interior de las casas americanas  
es generalmente oscuro. Construidas en

breve espacio de terreno, procuran  
ganar en altura lo que han perdido  
en extensión. Carecen de patios, y todas  
las habitaciones se comunican unas  
con otras, por medio de <sup>Sombrios</sup> ~~fríos~~ y alfom-  
brados pasillos, iluminados en invierno  
por un globo de gas o de luz eléctrica.

En aquellos momentos la pe-  
nombra era completa, y sólo distinguí  
al través de ellas los rayos oblicuos  
que partían de unos techos.

— Conque, ¿no me conoces, Sr. Lerdo?  
Soy Vicente Riva Palacio.

— Hombre! ¿porqué no me lo  
había V. dicho antes? Pues, pase V.

Nos estrechamos las dos manos,  
casi nos abrazamos.

— Pero V. iba al Sahir, Sr. Lerdo, otro  
día volveré.....

— No importa, tengo más placer en  
ver a Ud. que en ir al Sahir a la calle.

Nos sentamos.

Riva Palacio es un mestizo  
de sesenta años, un poco forobado y  
patirambo como S. Francisco de Ovando  
y Villegas, y como éste desbordado en  
ingenio, pero ingenio en forma, agre-  
siva e insana. Es general, licenciado  
y literato: como general no vale  
nada, como licenciado vale poco  
y como literato es muy distin-  
guido. Sin ser de la escuela  
quasimódica del Sr. Gochicoa, don  
Vicente es una de nuestras más feas  
glorias nacionales, — y vaya si  
las tenemos fenomenales! Es lo  
que se llama un temperamento  
frío; podrá escribir bellas es-  
trofas, sentidos poemas, chistosos  
libros, pero nunca alcanzará la  
alta concepción histórica y científica  
que Carlyle llamaba *intensity*  
of spirit. Digo esto último, porque  
el Sr. Riva Palacio se ha metido

a escribir Historia sin ser un hombre científico, y ha escrito sobre política adoleciendo de la misma deficiencia. Fuera de su ignorancia en materias científicas, y de su profunda erudición en bellas letras, el tal señor es por todos conceptos agradable, apreciable y estimable. Y no se diga que el rencor me obliga a tratarle con aspereza: yo no guardo rencor con las gentes que me ayudaron a bajar del Gobierno, sino con las que me ayudaron a mantenerme en él.

Cuando el Sr. Riva Palacio quiere pelear, coge la pluma; cuando quiere escribir, coge la espada. Tiene mucha vanidad y mucho talento, querrá más vanidad que talento. Es peli-groso como amigo y bueno como enemigo. Le gusta exhibirse y exhibir las faltas de los otros y exhibirse como persona de cualidades,

calidades y cantidades. Una de sus más grandes preocupaciones es la de tener y laudar en coche; le gusta ver y ser visto, más que lo vean a él y que él vea a los demás. Riva Palacio es un hombre que ha derramado más tinta que sangre, porque estoy seguro de que en su vida no ha matado ni un mosquito. Luchando su vanidad de poeta y de político, es un hombre honrado y a toda prueba, incapaz de cometer una violencia cuando se halla en el poder; buen confidenciero, mejor consejero, y personalidad, en fin, altamente meritoria. De él se puede decir lo que decía Talleyrand de sí mismo:

"est-ce qu'un homme habile a jamais besoin du crime? C'est le réservoir des idiots en politique. Le crime est comme le reflux de la mer: il revient sur ses pas, et il noie. J'ai

en des faiblesses, quelques uns disent des vices; mais de crimes? Si done"

Voy de Ministro à España - con-  
munió el Sr. Riva Palacio, después  
de haberme un hermoso puro / tux-  
teus.

Singular coincidencia! el mismo  
punto con que á mi se me brindaba  
no hace mucho tiempo..... le respondí  
con atenta curiosidad.

Ah! conque á V. también.....

Ni más ni menos: con la sen-  
cilla diferencia de que entonces ha-  
bía cólera en la Península, y al  
presente no hay más de tempestades.....

Pero, dígame Ud. - prosiguiendo  
otro giro la conversación - ¿fue  
cierto que estuviera Ud. nueve meses  
encerrado en la prisión militar  
de Santiago Flattelotep?

- Exactamente; pero sólo fue una pe-  
queña broma de mi amigo el Sr.  
Romero Rubio.....

- A mi me habían informado que  
fue por la cuestión del Miguel....  
lo que pronunció V. un discurso bo-  
rascoso, aconsejando que los troques  
del Miguel fueran quemados en  
la plaza pública, tal como lo  
fue la guillotina de París después  
del 9 Thermidor!

- Es verdad todo eso, Sr. Herdo,;  
pero yo, confiando en la inviolabilidad  
que como representante del pue-  
blo se me debía, había dicho como  
en otro tiempo el Duque de Guisa:  
ils n'oseraient.

- Y ya vio V. que no solamente  
osaron, sino que abusaron..... Pero  
si no he oído mal, decía V. que el  
Sr. Romero Rubio.....

- Fue el autor anónimo de la

persecución que yo sufrí, es la pura verdad.  
El Sr. Díaz otro caso, la presión del suero...  
Estos señores han jugado con mucha in-  
teligencia, pero en los juegos peligrosos, además  
de la inteligencia en la acción, se necesita  
la sagacidad en el procedimiento. Esto úl-  
timo faltó a los Sres. Díaz y Romero  
Rubio para que su obra fuera una  
segunda maravilla en maquiavelismo.  
Entre ambos querían nulificar al Gral.  
González como Presidente, rodearle de obs-  
táculos en la marcha financiera de su  
administración, crearle enemigos en todas  
las clases, fortificar un espíritu de oposi-  
ción que sin permitirle nunca llegar  
a las vías de hecho, mantuviera al partido  
gonzalista en constante alarma y en  
menquante prestigio ante la opinión pública.  
El vulgo, dado a hacer comparaciones entre  
lo pasado y lo presente, siempre juzga  
con más benevolencia lo que tuvo ante  
los ojos que lo que tiene a la vista,

65  
más aún si entre lo que fui y lo que es,  
hay la diferencia de lo peor a lo pésimo.  
No se sabe todavía de cual cerebro pri-  
vilegiado brotara la idea del niquel; lo que  
sí es una verdad tangible es que surgió de  
la casa de Romero Rubio; Díaz surgió la  
idea al Gral. Pacheco, alma condenada  
de Don Porfirio, y de Pacheco pasó sin di-  
ficultad a las regiones del Gobierno, no ya  
como una idea ni un proyecto, sino como  
una imposición del Porfirismo. Por  
supuesto que se preveía el conflicto y el  
fracaso, y tan es esto cierto, que ningún  
financiero protegido de los Sres. Díaz y  
Romero Rubio, directa o indirectamente,  
tomaron participio e interés en una  
empresa cuyo fiasco era de una  
certidumbre matemática. Pero con la  
emisión del niquel, se lograba el  
objetivo del complot - desprestigiar al  
gonzalismo y hacer indispensable la  
lucha del porfirismo al poder.



Y no porque Díaz temiera una infidencia del ~~Gobierno~~ González, sino más bien para aniquilar a éste políticamente y ameritarse él a expensas de su amigo. En todo caso, si don Porfirio moría, el Sr. Romero Rubio podría substituirle en la presidencia.... Cuando el conflicto esperado hubo de estallar, el Sr. Díaz se dio infusas de mediador entre el pueblo encolerizado y el gobernador transgresor.... Habiendo sido la dificultad, comenzaron las alabanzas al mediador, venales launas y escritas de ante mano, espontáneas las otras e inspiradas en el candor de algunos opositoristas.... Pero el tiro profeta había dado en el blanco: el stilette italiano del Sr. Romero Rubio, se había clavado hasta el hueso en la espalda del gonzalismo.... — ¡Cuánto ciemo! No pude menos de exclamar, llevando la mano invo-

luntariamente al panelo. Algunos diputados tomamos la cosa muy a lo serio, yo tuve la desdichada idea de pronunciar en la Cámara un vehemente discurso, que, haciendo su cómputo aritmético, me costó tantas horas de prisión como palabras contenía.... Granada, Suret y otros muchos, con cierto instinto benéfico, vieron en el negocio del timbre un campo abierto a la oratoria, un horizonte donde dilatar sus ideales, y arremetieron con brío, no a los hombres de aquella situación, que eran instrumentos, sino al hombre de Fuxtepec, y sus dogmas políticos, al gran profeta.... El General Díaz, temperoso de que sus maquinaciones fueran descubiertas, e indignado por la audacia de los jóvenes diputados, dijo estas frases iracundas, que se hallaron cumplido al pie de la letra: Mientras

yo viva, esos individuos no serán nada  
en el gobierno, ni siquiera barrenderos.

Anocheció, Espinosa encendió  
las luces de la habitación y un criado  
procedió a arreglar la mesa para  
mi comida ordinaria, de la noche, porque  
desde que vivo apartado en Venoc House  
como solo, tan solo como Job en el es-  
tercolero. Unvite cortésmente al antiguo  
redactor en jefe, del Anuivote, que  
aceptó con Manera mi invitación,  
más sediento de mi plática que de  
mi vino de Borgoña. Cuando atacábamos  
el Canelon rôle, el Sr. Riva Palacio dio  
rienda suelta a su verba, prosiguiendo:  
— En verdad, Sr. herdo, que todos nos  
hemos llevado un chasco soberbio  
con el Sr. Díaz, amigos y enemigos  
de él; los primeros lo teníamos en  
el concepto de ser un hombre sincero  
y patriota, aunque un poco débil,  
y nos ha salido más falso que

un diamante de Moisés Rojas, más  
traidor que Baraine y más Feniguo que  
el Dr. Francia o Rosas, y los célebres tira-  
nuelos de Sud America. Los últimos, es  
decir, Vds. los enemigos, se lo imaginaban  
un idiota incapaz de gobernar, de  
intrigar y de matar. . .

— ¿Pues Jes también un intrigante?  
pregunté al ex-redactor de "El Anuivote"  
— No exactamente. Cuando se trata  
de matar, no pide consejo a nadie; pero  
cuando quiere asesinar moralmente, ahí  
está el suegro que tiene más malas  
ideas que don Javier Osorno viruelas.  
El uno fusila y galardona, el otro  
corrompe. Voy a contar a Vd. antes  
de levantarnos de la mesa, otra tra-  
sana de ese pícaro, de ese coupe-jarret  
de Romero Rubio; entre él, Justino Fer-  
nandez y Chavero, proyectaron y  
redactaron la ley que amordaba  
la libertad de la prensa. La idea

no podía ser más luminosa y espléndida en aquellos momentos: al gobierno del General González le faltaba un año para espirar y espirando entraban Díaz y Romero Rubio al poder como Pedro por su casa. La atmósfera moral del país, o lo que se llama el periodismo, no se presentaba muy halagüeño, allí por el año de 1883, Romero Rubio, Ceballos y otras personalidades altamente distinguidas, tenían volver a caer en el lodo, de donde los había levantado la (mano de una) mujer, si formaban a ser flagelados por la mano airada de la prensa. Para eludir ese castigo, ineludible, había que suprimir el artículo constitucional que garantiza la libertad absoluta de la emisión del pensamiento; pero suprimirlo al inaugurarse el nuevo período pre-

68  
sidencial, además de ser un poco tardío, arrojaría sobre el porfirismo la ignominia histórica que no se tenía el valor civil de afrontar. En tanto que se colgaba el Gamberito al Congreso Gourelista, toda la horda gochichichina resultaría tan limpia de su mancha como la ropa interior del Arzobispo. Caifás aceptó regocijado el proyecto de trás: y un día (el menos pensado) la hermosa Ciudad de los albañales despertó al ruido de los cañoncitos, cornetitas y los soldaditos. . . . .  
— ¡Nombre! hombre! ¿se celebraba el natalicio del Sr. Díaz?  
— Mejor que eso: se celebraban los funerales de la Constitución!  
— ¿Pero el yerno y el suegro se lavaron las manos?  
— Naturalmente, don Sebastián, naturalmente: el uno se las lavó con sangre

como de costumbre, y el otro ..... en.....  
pero peor es mentallo, me olvidaba de  
que estemos en los postres.....

El Sr. Riva Palacio encendió un  
pequeño tuxtleño y seguimos en la mesa  
hasta muy entrada la noche. Al des-  
pedirse de mí, me dio un fardo de  
amarga sinceridad.

¡Ah! Don Sebastián! Don Sebastián!  
yo daría mi brazo por no haber escuto  
esas terribles groserías del Ahuizote!

La silueta de aquel hombre de  
mérito se perdió entre el radio tem-  
bloroso y lívido proyectado por  
un globo de luz eléctrica.

¿he volveré a ver?.....

Cuando volví a la mesa y noté  
sobre una bandejilla las cenizas  
que había caído del plato del Ge-  
neral, quedé meditativo observando

Ciertas analogías de accidente entre  
aquella materia inerte y la vanidad  
de las cosas y los hombres de este  
mundo.

Nic jacet pulvis, cinis, nullus.

# Abraham

XVIII

A tout seigneur, tout honneur!

Según el libro del Génesis, el padre de Abraham era un pobre alfarero que se ganaba la vida modelando estatuillas de dioses y de animales; el hijo, que no poseía tan felices disposiciones en la ciencia plástica, y que por otra parte creyó más conveniente haraganear en todo el valle de Menfis, sin preocuparse del ayer, ni mucho menos del mañana. En esta agradable ociosidad lo sorprendió la vejez sin haber hecho nada ni siquiera para habitar, no obstante que encontraba bellezas orientales a cada paso. Para sacarle de este lamentable olvido, Jehová hizo descender un ángel mientras el amigo Abraham se recostaba profundamente bajo la sombra de una palmera;

recordóle el ángel sus deberes de hombre predestinado, y guiándole el camino matrimonial, presentóle con una hermosísima doncella llamada Sara, "cuyos ojos eran como dos estrellas fulgurando en la noche silenciosa".

El amigo Abraham tenía entonces 75 años y su mujer 16. La unión, dada la desproporción de edades, no podía esperarse fuera muy fecunda que digamos; pero Jehová, siempre amable, se le apareció el día menos pensado y le dijo: - De Oriente a Poniente y de Sur a Norte, toda la tierra comprendida desde el delta del Nilo hasta las márgenes del Eufrates te pertenece, y tu descendencia será tan numerosa como el polvo de la tierra. Abraham era muy dado a los viajes, y andado andado resultó embarazada su mujer; un ángel que mercedó con los esposos una tarde (una especie de tamalada alta especie)

estilo de las del Cabris) dió la feliz nueva  
a los esposos. Durante ese período de la  
luna de miel, la pareja bíblica vivió  
en una pobreza desesperante; pero  
he aquí que un rey, pretendido de  
la bella peregrina de Sara, obse-  
quió a Abraham con una partida  
de camellos, un centenar de bueyes,  
dos de ovejas y carneros, algunas vacas  
y otros de Joniel. Por supuesto que  
el Patriarca había convenido de  
antemano con su mujer, que esta  
pasaría por su hermana, pues  
de lo contrario él corría peligro de  
ser descabrado. Con esos ganados,  
y escapando de asechamientos y se-  
ñalizaciones, llegaron a salvo a la  
tierra prometida. Después de algunos  
años del nacido el primogénito, una  
mañana, Abraham se emborrachó con  
leche de burra y llamando al  
chiquillo le dijo: Mira, se me ha

71  
ocurrido cortarte el pescuero y después  
quemarte con leña verde; vé a la  
cúspide de aquella colina, prepara  
una hoguera y disponte a morir." El  
muchacho obedeció, más la vigilante Sara,  
al fin madre, dió tal fogliza a su  
esposo cuando este se preparaba a  
dar el golpe, que el pobre viejo murió  
al poco tiempo de un quebranta-  
miento de huesos. — En el Album del Sr. Lic.  
D. Sebastián Lerdo de Tejada - Diciembre 14 del 857 -  
M. Romero Rubio.

x  
x x  
Ese día víspera del golpe de  
Estado de Comonfort, conocí política-  
mente al Sr. D. Manuel Romero Rubio;  
queriendo dejarme un recuerdo de esa  
fecha - que hoy tengo el derecho de  
llamar judaica - mi nuevo amigo  
se puso a escribir en mi album del  
peregrino libro bíblico que amito deyo copiado.

Para que V. V. me entiendan mejor, será preciso decirles que el Sr. Romero Rubio, que estaba en el complot del golpe de Estado, venía a hacer cerca de mí el papel de delator, bien que en delación tenía hasta cierto punto un carácter heroico. El Sr. Romero Rubio era entonces agregado a la Secretaría del Gobierno del Distrito, posición análoga a la que ocupa al presente el Sr. Ignacio Bejarano, aunque con menos emolumentos y más incertidumbre en las pagas. El joven attaché era una hechura de Comonfort, y servía a un Gobierno legitimamente constituido; ¿podía, dadas estas circunstancias, convertirse en infidente al Protector y traidor al gobierno? Si el golpe no iba en armonía con sus ideales, debía haber renunciado inmediatamente, acto delicado y pundonoroso en cualquier hombre de honor; pero aceptar implícitamente los términos de un

72  
complot, hacerse solidario de ellos, aunque en esfera muy secundaria, para después ir a denunciarlos sin el menor escrúpulo, como se denuncia una mina, es un hecho cuya atrocidad está fuera de todo término de apreciación. Estoy por creer, dada la ambigüedad de la denuncia, que el Sr. Romero Rubio se hizo este pequeño razonamiento: - "Si el golpe de Estado llega a cimentarse, llegaré a ser Gobernador del Distrito; si fracasa, mi delación será meritoria y los ojos de los Sres. Juárez y Lerdo, que también me elevarán al Gobierno del Distrito. De todas maneras yo salgo ganando." Hay gentes que nacen para ser estirros, como hay otras que nacen con felices disposiciones para el baile, la cocina o la poesía; el carácter no varía, se modifica o altera, pero siempre permanece el mismo. Un árbol que da frutos venenosos, los dará toda su vida vegetal, aunque en la vejez

sean menos tóxicos. Como resultado de ese golpe, el Sr. Juárez fue reducido a prisión, cuando lo fue a ver, sus primeras palabras fueron estas: "¿Y el profeta Abraham? El Profeta que no se había equivocado en su profecía, se equivocó en sus propósitos: fue destituido por el Gobierno Neutralista, sospechándolo de connivencia con los liberales. La destitución del Sr. Román Rubio fue simplemente un acto administrativo; todo se redujo a que el gobierno perdiera un espía que nosotros habíamos ganado. Pero un enemigo pequeño es después de todo un enemigo; entonces don Manuel, con una infamezita conseguida no sé dónde y pagada no sé cuándo, fundó un periodiquillo para inyectarle la ponzoña que lo estaba ahogando; habló muy alto de lo que más

73  
falta le hacía: de honor, de dignidad, de patriotismo. Llegó a ser tan sabiosa su oposición, que mereció los honores de ir ocho meses a la prisión de la Acordada. De eso trataba él precisamente: de que nosotros, en presencia de ese martirologio, no sospecháramos de su sinceridad. Porque se hallaba en la situación de un hombre que teniendo un abismo a sus espaldas y a sus lados, tuvo que caminar adelante, por interés de la propia conservación. Miguel mi hermano me había dicho de Jéb: "No me gusta nada ese intrigantillo, se parece a una estampa de Fairstaff que tengo en casa." La misma repulsión inspiraba a los demás liberales; en cuanto a mí - monstruosa ceguera de la juventud - no solo lo encontraba repelente, sino fatalmente atractivo. Cuando no hay una mujer cerca



de nosotros, la amistad llega á adquirir tal vasallaje, que suele transformarse en una esclavitud recíproca. Los griegos establecieron leyes reglamentando la amistad: el amigo ingrato, el amigo falso, era flagelado por los sacerdotes del Templo de Delos, y sus testículos expuestos á los dientes de los perros. Oh, sabias leyes helénicas! cuánto necesita mi patria de vosotras!

En 1857, el Sr. Romero Rubio era un joven de 24 años, con las piernas más cortas que el vientre; el vientre más largo que el busto y el busto más pequeño que la cabeza; semejaba uno de esos animales de Australia que no tienen más de cabeza y estómago, dirigiendo indistintamente por el estómago y la cabeza. Turbulento y enredador, traía en dimes y dires á los miembros más prominentes del partido liberal; para que la lengua

de ese patriota infatigable entrara en reposo, le mandó el comité residente en México cerca de Don Santos Degollado, en calidad de Secretario Particular. Pero Don Santos, que era de pocas pulgas y de más pocas palabras, se domó mal con su locuaz Secretario, el que dando rienda suelta á la lengua ocasionó varios duelos entre el Estado Mayor de Degollado, siendo de resultados funestos el habido entre el Comandante Trope y el Capitán Escobar. Cuando aquel jefe republicano se resolvió á atacar á México, Romero Rubio desapareció misteriosamente en el camino, y Degollado, en carta dirigida más tarde al Sr. Juárez, se quejaba lacónica pero energicamente, de aquel charlatán que tenía la lengua de payaneta y el corazón de gallina. Los acontecimientos de la guerra continuaron en su natural desarrollo, con alternativas de tiempo

y reverses. Pero, ¿dónde estaba el Sr. Romero Rubio, espejo y luz de la chismografía en campaña y del chisme á domicilio? La lo creía muerto cuando me escribía desde Tachuca, a Veracruz, diciéndome que se estaba curando de una herida!!! ¿La herida es en la lengua? Me pregunté el Sr. Juárez con benigna y plicida sonrisa. A este propósito, no hace muchos días que leyendo una especie de biografía del Sr. Romén me encontré con la portentosa nueva de que en el asalto de México en 1860, una bala le mató el caballo al pie de Chapultepec. Esto no es cierto, por dos pequeñas razones: la primera, porque el Sr. Romero Rubio jamás ha montado á caballo, y la segunda porque no se ha hallado jamás en un campo de batalla. Es ridículo suponer un guerrero donde no hay siquiera un hombre. Las fuerzas constitucionales entraron en la

75  
Capital el 25 de Diciembre de 1860, después de haber abandonado la plaza al Gral. Miramón. El Sr. Juárez y yo, arribamos á la misma el 11 de febrero de 1861. En el mes del mismo año se me presentó el Sr. Romero Rubio, abrazándome con tal entusiasmo en presencia del Sr. Juárez, que éste díjome más tarde: "Cuidese V. Sr. Lerdo, de los hombres que lloran y de los hombres que abrazan." En el curso de algunos meses nació la primogénita de mi condiscípulo de San Gregorio; invitéme para que la llevaramos al baptisterio, pues parece que la mejor manera de engañar á un amigo es hacerlo su compadre. La bautizamos el día de nuestra Señora del Carmen: distribuí bolos entre la familia y la misma noche fuí invitado á una tertulia. Con ese claro de parentesco espiritual, mi compadre el Sr. Romero Rubio adquirió los privilegios:

el de tutarame y el de traicionarme.  
Pero en mi obstinacion, yo no  
queria escuchar las advertencias de  
mis verdaderos amigos; veia en don  
Manuel un amigo y le juzgaba con  
el criterio de un amigo. En el con-  
flicto surgido entre los Bros. Juarez y  
Gonzalez y Ortega, mi compadre me  
coludió en un chisme que estubo  
por oírlo con un disgusto con  
el Presidente. Conocedor de este inci-  
dente D. Pedro Santacilia, entonces novio  
de una hija del Sr. Juarez, díjome con  
ese dejecillo entam que te hace  
Santa gracia:

— No tiene td. remedio, Sr. Berdo,  
y hay que referirte el cuento del  
borrachito del Atarés... porque Atarés  
es un barrio de la Habana ¿Ud. me  
comprende?

— Vamos, hombre, suéltelo Ud.

— En ese barrio de Atarés había

un borrachín que para curarlo de la  
embriaguez, acordaron sus parientes me-  
terlo en un cajón de muerte en los mo-  
mentos en que dormía la mona. Un  
amigo se encargó cuidándolo de  
cerca. Cuando el borrachín despertó,  
ya disipados los humos del vino,  
se restregó los ojos y volviendo la  
vista por todos lados, preguntó:

— ¿En donde estoy?

— ¡Te has muerto! replicó el amigo  
en tono sepulcral.

— ¡Pobrecito de mí! ¿y cuánto tiempo  
hace que yo me he muerto?

— ¡Tres días!

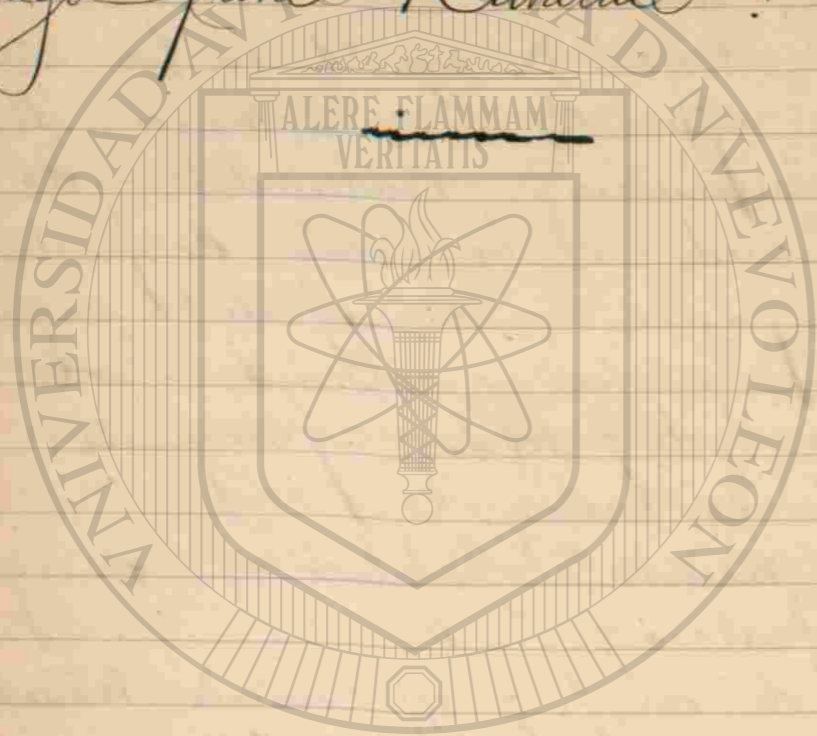
— ¡Pobrecito de mí! Y Ud, amigo,  
¿también se ha muerto?

— También  
— ¿y cuánto tiempo hace?

— ¡Tres Semanas!

— ¡Pobre, pobrecito de mí! Pero dígame, amigo,  
Ud. que ha muerto primero ¿podrá

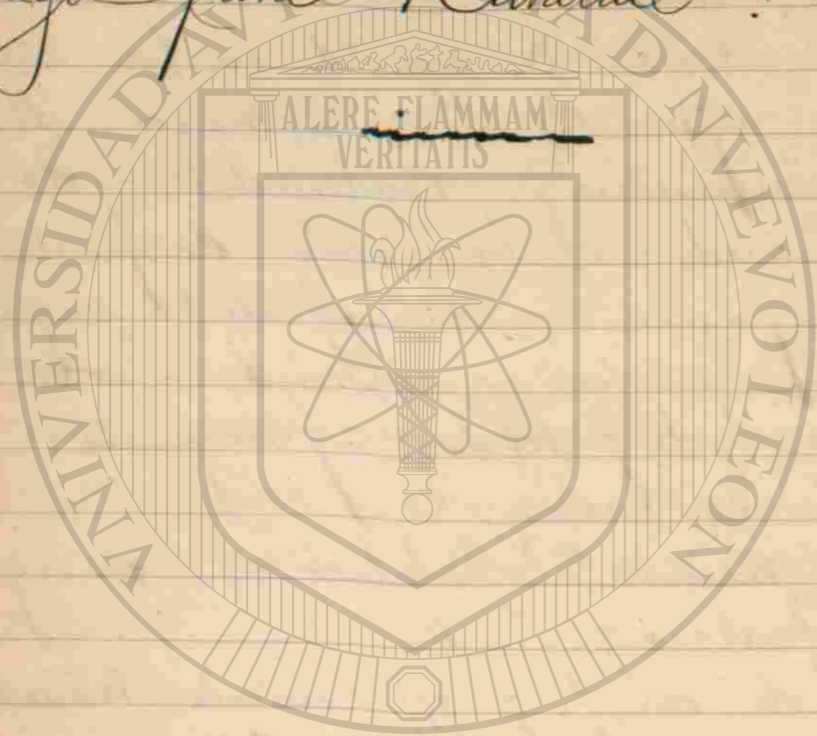
decirme donde puedo comprar un  
trago para Curarue?



Mentren feri  
XIX

Ciudad de México, Enero 1º de 1885 - Sr. Lic.  
D. Sebastián Lerdo de Tejada. - Mi muy que-  
rido padrino: Si continúa V. disgustado  
con papá, no hay motivo para que V.  
persista en estarlo conmigo. Sabe U. mejor  
que ninguno que mi matrimonio con  
Alf. Díaz fue obra exclusiva de mis  
padres, a quienes por darles gusto  
he sacrificado mi corazón, si sacrificio  
puede llamarse el haber dado mi  
mano a un hombre que me adora  
y al que yo sólo correspondo con  
filial cariño. Al unirme con un  
enemigo de V., no ha sido renegar de V.,  
al contrario, he querido ser la palomra  
que con el ramo de oliva apaciguara  
las tormentas políticas de mi patria.  
No temo que Dios me castigue por

decirme donde puedo comprar un  
trago para Curarue?



Mentren feri  
XIX

Ciudad de México, Enero 1º de 1885 - Sr. Lic.  
D. Sebastián Lerdo de Tejada. - Mi muy que-  
rido padrino: Si continúa V. disgustado  
con papá, no hay motivo para que Vd.  
persista en estarlo conmigo. Sabe U. mejor  
que ninguno que mi matrimonio con  
Alfraz Díaz fue obra exclusiva de mis  
padres, a quienes por darles gusto  
he sacrificado mi corazón, si sacrificio  
puede llamarse el haber dado mi  
mano a un hombre que me adora  
y al que yo sólo correspondo con  
filial cariño. Al unirme con un  
enemigo de Vd, no ha sido renegar de Ud,  
al contrario, he querido ser la palomra  
que con el ramo de oliva apaciguara  
las tormentas políticas de mi patria.  
No temo que Dios me castigue por

Haber dado este paso, que el mayor castigo sería tener hijos del hombre que no amo, no obstante respetarte y serle fiel toda la vida. No tiene Ud., Padre, nada que reprocharme, he obrado con perfecta corrección dentro de las leyes sociales, morales y religiosas. ¿Puede culparse a la Archiduquesa María Luisa de Austria por su enlace con Napoleón? Desde mi matrimonio estoy constantemente rodeada de una turba de aduladores tanto más apreciables cuanto más improvisados; no les falta nada de caer de rodillas y besar mis pies, como acontecía con las princesas de Oro de Perraut. Desde el diputadillo, que todavía ayer conocí de porteros, hasta el ministro que no hace mucho pedía una peseta para comer, en escala ascendente y descendente, todos se

78  
atrumultan y atropellan, mendigando un saludo, una sonrisa, una mirada. Los mismos que en un tiempo no remoto hubieran rehusado darme la mano al verme caer en la banquetta, hoy se arrastran como reptiles a mi paso, y se considerarían dichosos si las faldas de mi Coche pasaran sobre sus inmundos cuerpos. La otra noche, al escupir en los pasillos del teatro, un general que iba a mi lado interceptó su pañuelo para que la saliva, cual preciosa perla, no cayera en el embaldosado. Si hubiéramos estado solos, de seguro que el desgraciado convertiría la boca en escupidera. No es ya la lisonja exquisita de gente educada, es el brutal servilismo de la gentura en su forma animal y repulsiva: en la del puros. Los periodistas, los poetillos y los poetastros me martirizan

á su modo: es algo como una tromba  
de tinta capaz de ennegrecer el  
mismo Occano. Esta calamidad irrita  
mis nervios á tal extremo, que á veces  
me vienen síncofes de histerismo. Horrible!  
¿no es verdad, querido padrino? Y nada  
digo á vd. de los párrafos y artículos  
que publica la prensa que papá  
tiene alquilada: los que me llaman  
ángel dicen que soy un querubín otros  
me elevan á la categoría de diosa,  
los de más allá me colocan en el  
firmamento como un astro, y los de  
más acá me bajan hasta la botánica  
clasificándome entre los lirios, las  
margaritas y los jasmínes. A veces  
ni yo misma sé si soy ángel,  
querubín, diosa, astro, lirio, mar-  
garita, jasmín ó mujer. Dios mío!  
¿quién soy yo para que se me  
defique y se me envuelva en esa  
nube de fétido incienso? ¿Quién?....

79  
¡Ay! padrino, soy muy infortunada,  
y Jesesen no me negara su perdón  
y sus consejos. Carmen "

Pobre víctima! no, yo no te acuso,  
yo te compadresco! Eres la mariposa de  
atas de seda, aficionada en el Cráneo  
del asno!

En los hombres sanguinarios y crueles,  
la impotencia sexual sobreviene á  
los cuarenta años!

En las decretales se la definía  
frigidi et maleficiati, y se creía con  
Proctomía que las brujas tuvieran parte  
en ella.

Enrique IV de Castilla, de una  
perversidad inferior á la del Sr. Díaz,  
quedó impotente al comenzar los  
primeros asesinatos: el Arzobispo  
de Toledo autorizó el divorcio á

predimento de la mujer del gran  
asesino.

Alfonso, Rey de Portugal en el  
siglo XVIII, tuvo hijos bastardos en su  
juventud; pero al casarse a los cua-  
renta años con la Princesa de Nemours,  
demostró que si tenía aptitudes para  
matar, no las tenía precisamente  
para engendrar.

La naturaleza no solamente es  
lógica, es justa y justiciera: si los  
animales venenosos fueran tan  
fecundos como los peces y las moscas,  
la lucha por la existencia para  
el hombre, sería funesta y batalladora.

Ejemplos:

El Sr. Gral. Diaz sólo ha tenido dos  
hijos: una hembra y un macho (de  
la primera víctima).

El macho ó varón dicen que es  
un pequeño imbécil.

El Sr. Romero Rubio sólo ha en-

gendrado hembras.

Los Sres. Baranda (Pedro y Joaquín)  
no han engendrado varones ni hembras,  
ni siquiera fetos: son dos eunucos.

Vidal Cartañera y Nájera: OXO.

A ser pródigo en hijos este último, México  
se transformaría muy en breve en una es-  
pecie de Cafrería.

Libera nos Domine!

Sobre ese tema se podrían escribir  
volumenes, no sólo considerando el fenómeno  
bajo su faz histórica, sino también bajo  
su aspecto fisiológico.

En nombre de la humanidad del futuro,  
yo envío un voto de gracias a mi ex-  
tahijada Carmen Romero Rubio.

Y con mis gracias va mi perdón.

Quando yo tenía 50 años, estuve a  
punto de casarme con la Sra M...  
Joven de 20 primaveras: me enamoré



en un baile que dió en México el  
gran diplomático americano Mr.  
Bernard. Las flores, los perfumes, las  
joyas centellantes, los senos temblorosos  
y las luces, me intoxicaron de tal suerte,  
que me sentí joven y quise amar  
feliz y ser amado. Era yo entonces  
Ministro en el Gabinete del Sr. Juárez: per-  
sona grata, matrimonialmente hablando.  
Mis galanterías fueron aceptadas;  
al finalizar el baile tuve el capricho  
de pedirle un quante, que ella me  
entendió sonriendo.

Forné a mi casa lleno de ilusiones  
y de champaña. Me metí a mi  
lecho a las tres de la mañana  
estrechando convulsivamente entre mis  
manos el perfumado quante, que pa-  
recía conservar todavía el calor de  
la manecita que lo llevara aquella  
noche!.....

¡ Pero qué terrible fui el despertar!

La irritación de la transechada y el  
licor habían inflamado mis ojos descompo-  
niendo el semblante; me vi al espejo y  
retrocedí. ¿ Estaba en presencia de una  
máscara o de mi propia cara? Y si mi  
propia imagen me disgustaba, ¿ qué  
sería contemplada por otros ojos que  
no los míos? Recogí el quante, que  
había caído en la alfombra, lo besé,  
y después, encendiendo una bugía, lo  
finciné.....

Las mujeres aman la fuerza, la  
virilidad y la juventud. Es más fácil  
que una mujer se preude de un  
joven idiota bien formado, que de un  
viejo muy inteligente y muy rico. Es  
más todavía: honed dos jóvenes que  
tando por la mano de una bella, ta-  
lento el uno pero feo, estúpido el otro,  
pero guapo. La dama se inclinará irresis-  
tiblemente por el último, aun después  
de haber palpado su majadería.

Las mujeres más distinguidas y cultas  
sucumben a ese fenómeno de estética:  
Jorge Sand no abandonó a Alfredo  
de Musset por un gallardo pastán?  
En el mundo femenino abundan  
también espíritus prácticos: éstos  
se unen con hombres viejos y ricos, sobre  
todo ricos, aunque sean deformes. Y  
no es que difieran en sensaciones  
de sus hermanas, sino que poseyendo  
más fuerza de voluntad, amortiguan  
la imaginación con la energía del  
cálculo. Evidentemente que en igual-  
dad de circunstancias, preferirían  
maridos apuestos, apulentos y geniales,  
a consortes ancianos, millonarios e  
intelectuales. No hay excepción: si se  
dan casos en contrario, no es el amor  
el que los determina sino más bien  
el desprecio u otra pasión más inoble  
y oculta todavía!  
Y si espacio hubiera para

82

desarrollar esta doctrina pesimista, adu-  
ciría numerosos ejemplos para demostrar  
plenamente lo verdadero de ella; pero  
me siento enfermo y débil, y mi pluma  
va arrastrándose por el papel como  
el oso herido y agonizante se arrastra  
por la endurecida nieve.

x  
x x  
Mi virtuosa ex-ahijada se queja del  
apoteosis que ha hecho en su turno la  
adulación: la compadezco! Cuando el in-  
censario es agitado por esclavos, sólo alcan-  
za el incenso a los ídolos; cuando es  
agitado por sacerdotes, llega hasta los  
dioses.

En México hemos tenido dos im-  
perios: el de Iturbide y el de Maximiliano,  
pero en ninguno de ellos las res-  
pectivas emperatrices fueron objeto del  
culto idólatra (oficialmente hablando)  
que al presente es objeto mi ex-ahijada.

Para que era adulación colectiva subsista, es preciso que se alimente en alguna parte: ese alimento es la corrupción administrativa y la degradación moral. Un hombre de mérito se hace valer por sí mismo, un hombre nulo busca quien le valga. ¿Y qué más poderoso valimiento que el de la esposa del Presidente, del Ministro, del Gobernador o del favorito? Cuando no se puede llegar hasta la mujer legítima, se aborda a la maucoba del favorito, a la maucoba del gobernador, a la maucoba del ministro, o la maucoba del presidente. En un pueblo donde la mujer avasalla políticamente, es porque el hombre se ha embafecido terriblemente. No hay sofista que pueda refutar esa profunda verdad. ¡Sicun que la pluma con que fué escrita la ley sálica fué arrancada de una. Jáquila de los caceras.

¡Oh ley sapientísima! cuánta falta no haces en la América latina! Los penados de mitra que conchuran por ahogar a mi ex-ahijada (si un viento del firmamento no los disipa) no son arrojados por manos populares sino más bien arqueológicamente mercenarias.

Demostración:

¿En todos esos mistines amisteros no figura como capatzen un tal Ordóñez, ayer zapatero sin zapatos y hoy diputado y municipal y policía secreto cerca de los obreros?

Ese original Ciudadano, a fuerza de cohetes, se ha subido hasta las nubes. Luego sus manifestaciones, no sólo son artificiales, sino que tienen la circunstancia agravante de ser venales. El zapatero Ordóñez es infatigable adulador, bien que él obedece a las órdenes del amigo Rigoletto, el del Gobierno del Distrito, quien a su vez

Las vicisitudes del Sr. Romero Rubio. Es algo como un orate que va a morir al borde de la cama del dictador.

La dignidad, como la galantería, tienen sus límites. Si me descubro ante una señora, obro dentro de una órbita digna, pero si me quite el frac y lo arrojé a sus pies, para que pase sobre él, no sólo cometo un acto ridículo, sino además degradante.

La viuda Mrs. Francis Cleveland, siendo Presidente de los Estados Unidos su marido, recomendó una vez a cierto sujeto para un empleo lucrativo. Mr. Cleveland le respondió:

— Lo pensaré.

Y al día siguiente regaló a su mujer un diamante primoroso.

Pasaron días y ella volvió a insistir en su recomendación. El Presidente le replicó:

— Lo pensaré.

Y al otro día le regaló un zafiro.

Picada la curiosidad femenil con tan extraño proceder, interrogó una noche:

— Dime, Cleveland, ¿porqué siempre que te hablo de mi recomendado, me haces al otro día un valioso presente?

— Es, — le respondió él — para que me pidas cuanto desees, menos un favor que se relacione con la política.

Cuando el amor ó la maternidad no ocupan el alma caritativa, ¿es la única dama que en México ejerce ese noble sacerdocio? Si es la única, demuestra que las demás no lo son, y en consecuencia la Capital ha llegado a un extremo deplorable de perversión.

¿Si hay otras muchas, ¿porqué se las deja tener la sombra, siendo que sólo se trata de aplaudir un acto humanitario ajeno á la política?

Los fondos que distribuye entre los pobres la Sra. Díaz son de su esposo. Éste, además de haber hecho á los

¡pobres, ha despojado a los ricos. Luego esas limosnas no son más que una restitución, y por tal motivo se derivan de un deber y no de una bondad. Esto es lógico.

Filosóficamente considerado, la esterilidad del matrimonio Díaz Romero Rubio es un bien para la Patria y un beneficio para la mujer: aquella no tendrá Nerocillos y ésta nunca podrá lanzar la superflua y amenazante queja de Agripina:  
¡Ventre ferri!

## El Asesinato de García de la Cadena.

XX

Trinidad García de la Cadena era un ranchero de no pequeño corazón; más bien bajo que alto, grueso y doblado, de cara ancha y facciones toscas, su expresión fisonómica tenía cierto sello de rudeza que a primera vista desagradaba, pero que después, haciéndose familiar, agradaba y complacía. Había en su semblante algo de la fiereza de los primeros conquistadores, idéntico ruego en los pardos ojos, singular audacia en la mirada de acerados reflejos; al verlo, se echaba de menos el corcelite de los pujantes caballeros de la edad media. Dotado de una fuerza brutal, ahogaba un caballo entre sus rodillas, con una constitución de bronce, resistía a las tremendas fatigas de la campaña de guerrillas en perfecto estado de salud. En tiempo de guerra — que fué toda su vida — apenas comía, dormitaba a

poobres, ha despojado a los ricos. Luego  
estas limosnas no son más que una  
restitución, y por tal motivo se derivan  
de un deber y no de una bondad. Esto  
es lógico.

Filosóficamente considerado, la este-  
ritidad del matrimonio Díaz Romero  
Rubio es un bien para la Patria y  
un beneficio para la mujer: aquella  
no tendrá Nerocillos y ésta nunca podrá  
lanzar la superflua y amenazante  
queja de Agripina:  
¡Ventre ferri!

## El Asesinato de García de la Cadena.

XX

Trinidad García de la Cadena era un ranchero  
de no pequeño corazón; más bien bajo que alto,  
grueso y doblado, de cara ancha y facciones toscas,  
la expresión fisonómica tenía cierto sello de  
rudeza que a primera vista desagradaba, pero  
que después, haciéndose familiar, agradaba y  
complacía. Había en su semblante algo de la  
fierrea de los primeros conquistadores, idéntico  
ruego en los pardos ojos, singular audacia en  
la mirada de acerados reflejos; al verlo, se  
echaba de menos el corcelite de los pujantes  
caballeros de la edad media. Dotado de  
una fuerza brutal, ahogaba un caballo  
entre sus rodillas, con una constitución de  
bronce, resistía a las tremendas fatigas de  
la campaña de guerrillas en perfecto estado  
de salud. En tiempo de guerra — que fué  
toda su vida — apenas comía, dormitaba a

caballo, e incesantemente bregaba en los campos. Ese hombre no conoció más almohada que las piedras del camino, ni más colchón que el de los abrojos del monte ó la llanura: su descanso era el pelear.

Sus proezas desde el Plan de Ayutla hasta la muerte del Sr. Juárez, son de un carácter que yo defino con una sola palabra: épicas!!

Nacido en el Estado de Tacatecas e hijo de un rico hacendado, dio á conocer su temerario valor á los dieciocho años. Un día, se recibió en la Hacienda la noticia de que una cuadrilla de bandidos santauistas se acercaba, incendiando á su paso las fincas de campo pertenecientes á los sospechados de liberales, fusilando familias enteras. Había en la Hacienda unos cuantos mosquetes viejos, algunos machetes y unas libras de pólvora. Con moros y peones, no llegaban á 20 los hombres en disposición de hacer

la defensa. El pánico se apoderó de todos y especialmente del padre de García de la Cadena, que huyó precipitadamente á los bosques.

El joven Trinidad no quiso huir: acompañado de dos peones tan valientes como él dispuso que se preparara una espléndida cena á los huéspedes por llegar. Los moros hicieron todo lo que les mandaba el amo, no obstante por prudencia de aquel mandato. Cuando ya estaba la mesa y todo listo, García de la Cadena les dio secretas instrucciones. Alá á las 11 de la noche, la esquila de la Hacienda anunció el arribo de los santauistas: eran cien bandidos al mando de un comandante llamado Lemus, rufián de los más peligrosos, mutato hérculeso y sanguinario, una especie de Porfirio Díaz del futuro. El joven Cadena los salió á recibir hasta el patio, y dijo que tenía lista una

cena exclusivamente para los jefes. Estos se instalaron a la mesa en número de cinco, en tanto que los soldados se desparanaron a pillar en las casuchillas de la hacienda.

Las puertas contenían la sala de comer: las dos habían sido cerradas con gran disimulo, quedando dentro los foragidos, García de la Cadena y sus dos mozos.

Este se adelantó hasta colocarse junto al jefe y le dijo muy pausadamente: ¿Congre V. viene a quemar nuestra Hacienda?

— Por supuesto, muchacho, y a ti te voy a colgar de un merquite.

Apenas había dicho estas palabras, cuando García de la Cadena desenvainando un machete que llevaba oculto, le dio tal machetazo que le tapó el cráneo. El facineroso cayó muerto y antes de que sus compañeros pudiesen darse cuenta de la sorpresa, fueron muertos

a su turno por el joven hacendado y sus dos sirvientes. Después montaron a caballo, volviendo a poco con refuerzos y exterminando por completo a la Jgavilla, terror hasta entornos de las fincas rurales.

La impulsión estaba dada: Cadena se lanzó a la lucha filianándose en el partido liberal, asistiendo más tarde a la acción de Calpulalpan y a todas las batallas libradas contra los conservadores. En cada encuentro conquistaba un laurel, y siempre se le veía en lo más recio del combate, desplegando tal bravura que una vez dijo de él el Gral. Miramón: Si todos los chiniacos fueran como ese ranchero, habría que romper con Espada. Restaurar la República en 67, García de la Cadena volvió a su Estado natal dedicándose por completo a las labores agrícolas en una



de sus haciendas.

Hasta aquí, la vida de ese patriota es hasta cierto punto imaculada; su nombre no había sido tan prominente en la guerra de intervención como lo fueron los de Escobedo y Regules, pero sí lo suficientemente glorioso para crearle gran prestigio en Zacatecas y de no común valía en toda la República. Entre los años de 69 y 70 el Gral. García de la Cadena, Gobernador entonces de Zacatecas, secundó el movimiento de San Luis, desconociendo al Sr. Juárez, y figuró como jefe de las fuerzas sublevadas de ambos Estados.

Otros republicanos de mérito, como los Generales Ignacio Martínez, Granados, Greeno Paz, Muerta, etc, etc, fascinados por utópicos bienes para su país y secretas insinuaciones del Sr. Díaz, se unieron al Sr. Cadena con sus respectivos contingentes formando un total de fuerzas que amenazaba seriamente al Gobierno constituido. Y la si-

tuación llegó a ser tan grave, que en Consejo de ministros acordamos abandonar la capital, siempre que las fuerzas sublevadas avanzaran directamente hacia México. Por fortuna estas se dirigieron sobre Guadalajara, libraron la sangrienta batalla de Sololotlán, tirotearon los suburbios de la capital de Jalisco y después acampados en Lo de Quezo, fellaron con indomable birria contra los soldados federales, y a no ser por la desertión de las Caballerías de Guadarrama, el triunfo de los revolucionarios habría sido decisivo y de funestas consecuencias para el Gobierno. Mas tarde, entre 71 y 72, cuando el Sr. Díaz proclamó el Plan de la Noxia rebelándose contra Juárez, el jefe zacatecano fue inducido a sublevarse por el jefe oaxaqueño, secundando en todas sus partes aquel Plan cuya forma tentadora costó millares de vidas. Igual paso dió cuando el Plan de Fustepéc. Bien sabía el diablo a quien se le aparecía: don Porfirio

estimaba la audacia de García de la Cadena, su prestigio en Occidente, su actividad prodigiosa y sobre todo, la lealtad de su carácter.

Derrotado el vencedor García de la Cadena, siempre estuvo con las armas en la mano defendiendo al Sr. Díaz y sus mendaces planes. Yo le ofrecí indulto y distinciones en 1874, pero él, por conducto del Sr. Raigosa, respondió en una carta "que él no tenía más de una vida y la daría gustosa por elevar a Díaz a la Presidencia".

No era un revolucionario, era un fanático. Su amor hacia D. Porfirio pasaba los límites de la idolatría. El Coronel Ordóñez había referido que si alguna vez se encontraba frente a frente con el Sr. Díaz, lo mataría como a un perro. García de la Cadena lo supo y por este solo dicho, fusiló más tarde, al hacerlo prisionero, al Coronel Ordóñez.

Triunfó la usurpación, y García de la Cadena fué elegido Gobernador de Tlaxcala,

en tanto que el Sr. Díaz se encaramaba a la Presidencia.

En proporción, merecía más la primera magistratura don Finidas García de la Cadena que don Porfirio Díaz. Los dos ante la Historia aparecen como revolucionarios; pero aquel es un revolucionario que se bate y éste un revolucionario que corre. El primero es un faciturno; el segundo, es un charlatán.

¿Porqué el Sr. Díaz mandó asesinar al Sr. García de la Cadena?

El amigo Díaz ha sido locamente derrochador en eso de prometer: prometió la Presidencia a Vallarta, a García de la Cadena, a Sagú, a Lamacoma y a Treviño, por supuesto diciendo a cada uno "que le guardara el secreto con los demás" La media docena de pretendientes se miraban unos a los otros con cierto airucillo de lastima como diciéndose para sí: - Oh! si este supiera

el inmenso secreto que llevo conmigo!  
Si sospechara siquiera que dentro de poco seré  
el supremo magistrado!

En esa <sup>resucita</sup> expectativa, todo y cada  
uno de esos señores se entregaron en cuerpo  
y alma al Gral. Díaz, en la inteligencia  
de que éste apoyaba secretamente sus  
respectivas candidaturas.

Y así llegada la hora del desenganño  
y el engaño, los candidatos chasqueados  
fueron retirados de la arena pública a  
lptigaros, con excepción de García de la  
Cadena, a quien tenía el futuro Dic-  
tador y cuya sombra le amedrenta  
todavía. No pudiendo nulificarlo, era  
preciso matarlo. Al efecto, compró  
con oro y deslumbrantes promesas un  
Judás y este Judás se llama Jesús Stréchiga.  
Dos veces estuvo a punto de ser asesinado  
el benemérito Caudillo: una vez en su  
propia casa y otra en sus encrucijadas.  
Acudió a México, y en una entrevista

con el hombre que llora, éste le ofreció toda  
clase de garantías siempre que no saliera  
de la capital. Vivió en una casa de la  
calle de Tacuba, espada, acuchado, ma-  
terialmente estrechado en un círculo de  
esbirros y polizontes. Pareciéndole insopor-  
table y odiosa esta situación, García  
de la Cadena resolvió abandonar el  
país y radicarse temporalmente en los  
Estados Unidos. Habló con su sobrino  
el Sr. Raigosa para que éste solicitara  
del Gral. Díaz un salvo conducto  
que le permitiera sin riesgo ir a Ha-  
catécas a arreglar sus intereses y  
de allí seguir para los Estados Unidos  
con toda su familia. Pasado esto a  
mediados de Octubre de 1886. El Sr.  
Díaz, que cavilaba desde hacía algún  
tiempo la manera de deshacerse de  
García de la Cadena, acogió regocijado la  
petición, expresando al Sr. Raigosa que  
el proyecto de su tío no podía ser

más oportuno, conveniente y sabio, ofreciéndole toda clase de garantías ordinarias que fuese escoltado hasta Paso del Norte. La acalorada vehemencia con que fué aprobada su idea de espatriación voluntaria, inspiró vivas sospechas y desconfianza en el ánimo suspicaz de don Trinidad; pero la ardiente persuasión de Genaro Raigosa que quedaba en la capital, velando por el cumplimiento de la palabra empeñada, disiparon aquellos temores que adquirían ya la forma de un presentimiento. Las mujeres, que debido a su sensibilidad nerviosa tienen el instinto del peligro más desarrollado que los hombres, las mujeres, digo, de la familia García de la Cadena - esposa e hija - imploran del esposo y del padre, que de hacer el viaje lo hicieran por Veracruz.

Inútilmente: la fatalidad, como la belleza, atraen con mano invisible,

pero mano de hierro.

Mientras el general zacatecano hacía sus preparativos de marcha enfundando baúles y enseres de familia, el telegrafo federal de la línea de México a Zacatecas vibraba día y noche con telegramas cifrados cambiados entre el Graf. Díaz y don Jesús Aréchiga; ¿cuál era el texto de esos mensajes, que según el dicho posterior de un telegrafista contenían ben totalidad mil quinientas palabras?

El día 24 de Octubre de 1886 García de la Cadena salió de la Capital con dirección a Zacatecas, deteniéndose dos días en esta población, yendo después acompañado de su sobrino el Coronel Liraldi a su Hacienda de la Calera. Permaneció en esta finca tres días inventariando sus bienes e instruyendo al mayordomo de lo que debería hacer durante su ausencia. Desearía residir más tiempo en ella,

pero sintiéndose gravemente enfermo de disentería, al extremo de no poderse tener en pie, acordó volver a Atacatecas para consultar un médico. Así lo hizo. El 1.º de Noviembre a la madrugada el General acompañado de Lizaldi, subió en una carretela tirada por un tronco de mulas, mandando al cochero que se detuviera en la primera estación del Ferrocarril Central, que distaba de allí unas cuantas leguas.

Hacía un frío terrible. El General, profundamente abatido y febricitante, yacía aletargado en el fondo del carruaje, envuelto en dos grandes cobertores. Lizaldi, sombrío y pensativo, no dejaba de arrear al cochero para que apresurara el paso de las mulas. El sol radiaba ya en los campos y la jornada estaba por terminarse, cuando del recodo del camino surgió de improviso una partida de ginetes pertenecientes a las

fuerzas del Estado, los que rodeando la carretela y apuntando con los rifles a los viajeros, les ordenaron echar pie a tierra, profiriendo las más atroces blasfemias. Lizaldi, que a primera vista había confundido aquella turba de asesinos por una gavilla de ladrones, se tranquilizó al ver que vestían el uniforme de los soldados del Estado; y juzgando que aquello sería una equivocación, explicó quién era él y quién la persona que le acompañaba.

Precisamente andamos en busca de García de la Cadena, - respondió el que hacía de jefe de aquellos salteadores.

Y acercando su caballo al carruaje, inclino la cabeza, diciendo:

- Baje V, General, no se trata de hacerle daño. El General bajó apoyándose en los hombros de Lizaldi; tanto el como el Coronel, estaban desarmados. Apenas pisó el suelo García de la Cadena, que estaba

muy débil, se apoyó con las dos  
manos en los radios de una de las  
ruedas. No bien lo había hecho, cuando  
una descarga cerrada, disparada por  
detrás, le tregó en tierra. Lo mismo  
que al malogrado Coronel Heraldi. El  
Cráneo de García de la Cadena estaba  
completamente deshecho: los dos cayeron de  
frente. Los asesinos pararon á caballo  
sobre los cadáveres lanzando alaridos  
sinistros y gritos salvajes de  
... Viva Porfirio Díaz!!!  
!!!

# Una rama de ciprés.

XXXI

Hay es el aniversario de la  
muerte del que fué mi mejor amigo:  
Ramón Surruáin.

Ramón era un hombre de genio,  
no de esos genios que hacen bonitos versos  
y escriben honoras palabras, sino el que  
Goethe definía: la facultad científica de  
hacer del número una fórmula del  
progreso.

Esa definición, lo mismo puede  
aplicarse al financiero, astrónomo, al  
matemático, que al inventor, al innovador  
en ideas como al innovador en prin-  
cipios.

Debido a una criminal rutina  
combinada con defectos de raza  
y educación, México ha confundido

muy débil, se apoyó con las dos  
manos en los radios de una de las  
ruedas. . . . No bien lo había hecho, cuando  
una descarga cerrada, disparada por  
detrás, le tregó en tierra. Lo mismo  
que al malogrado Coronel Heraldi. El  
Cráneo de García de la Cadeña estaba  
completamente deshecho: los dos cayeron de  
frente. Los asesinos pararon á caballo  
sobre los cadáveres lanzando alaridos  
sinistros y gritos salvajes de  
... Viva Porfirio Díaz!!!  
!!!

# Una rama de ciprés.

XXXI

Hay es el aniversario de la  
muerte del que fué mi mejor amigo:  
Ramón Surruián.

Ramón era un hombre de genio,  
no de esos genios que hacen bonitos versos  
y escriben honrosas palabras, sino el que  
Goethe definía: la facultad científica de  
hacer del número una fórmula del  
progreso.

Esa definición, lo mismo puede  
aplicarse al financiero, astrónomo, al  
matemático, que al inventor, al innovador  
en ideas como al innovador en prin-  
cipios.

Debido a una criminal rutina  
combinada con defectos de raza  
y educación, México ha confundido

groseramente a los hombres de talento con  
los charlatanes de audacia: a Alfredo Chavero  
con Gabino Barrera.

El carácter mexicano entra por mucho  
en esta ridícula interpretación: nos gustan  
las palabrotas, los cascabeles, la polvareda.

Un ranganse cualquiera se pone a  
putir foprecillas, cita a troche y moche  
al Dante, a Miguel Angel, y publica sus  
disparates en un periódico o libro.

¡Qué talento de fover! dice el primer  
idiota, al segundo con quien habla!

Esa opinión corre y crece con la  
inconciencia de una bola de nieve.

Y allí tienen Ustedes una reputación  
hecha y derecha: no la tumban ni los  
orines de todos los perros de la  
Ciudad arteca.

El género poético es mejor retribuido  
todavía; el palabrista mide y rimas  
sus palabras, las pinta con bermellón  
y les da tantos giros y revueltas,

que concluye por encandilar al  
público, ya de suyo inclinado a  
esa clase de escenas ferotécnicas.

Las celebridades mexicanas na-  
cen a la luz de los Cohetes. Para ellas,  
mejor que la tinta, debió haberse in-  
ventado la pólvora.

Lo grave del asunto es que ni  
esos Cohetes han sido de nuestra  
inventiva, porque con excepción de  
poetas y titanos, nada sabemos in-  
ventar, y absolutamente nada.

¿Nada he dicho?  
Retiro la palabra: el pulque y las enchiladas.

Pero es el caso que un sabio qu-  
cateco ha descubierto que las enchi-  
ladas se confeccionaban en Jucatan  
300 años antes de la venida de Je-  
sucristo.

Luego, no nos queda más del pulque.  
Y la ley fuga; pero esta última es in-  
vención moderna: se debe al Sr. Gral. Díaz



Ramón Guzmán fue más que un  
talento: fue un genio.  
No exagero el término lo preciso: un  
hombre que nace en una ciudad muerta,  
que lucha en medio de un pueblo  
que se anodilla y que se abre paso  
con el trabajo y el cálculo, cuando todo  
se lo abría con la espada y la violencia,  
ese no es un talento, es un genio.

Nació en Puebla. Los poblanos  
tienen fama - usurpada o legítima - de  
ser tacaños, fanáticos y falsos.

"Mono, perico y poblanco, no los toques con la mano"  
Por ser demasiado genérico  
ese concepto es bien falso. Entre los  
poblanos se encuentra de todo: buenos  
y malos. Son suspicaces debido al  
fanatismo, pero jurgo que en el  
fondo ni son mercurios ni perfidos.  
Horrible sería solamente suponerlo.

Chiquillo, y casi desnudo, como nuestros  
pelluelos de la Capital, Ramón co-  
menzó su struggle for life vendiendo  
periódicos, novelas y estampitas de santos,  
apóstoles y querubines. Mas, para hacerse  
de esas mercancías necesitaba dinero; con  
dos o tres pesos que adquirió barriendo  
calles, pudo holgadamente comprarlas. Desde  
luego su instinto práctico lo guiaba  
por el mejor camino; de seguir el del tra-  
bajo puramente corporal, no hubiera pasado  
de un miserable peso. Era bravahe  
digno de un capitán de Víctor  
Hugo, comía de á laes a la puerta  
de un figón, dormía bajo la arcada  
de los portales, y concurría a la escuela  
sin detener su pequeño comercio  
ambulante. Nadie le había dicho:  
"ve a la escuela!" - pero él iba im-  
pulsado por la fuerza de su propio  
organismo. Los muchachos gustan de  
jugos y golosinas: Ramón nunca

invertió un centavo en frutas u  
otras golosinas. ¿Qué clase de fenómeno  
se desarrolló en aquel cerebro infantil?  
Parrimoniosamente iba depositando  
sus utilidades mercantiles en el tenducho  
de un viejo, llamado Arreola; y al a-  
bandonar la escuela, montaban a-  
quellas a la fabulosa suma de 300  
pesos. A los quince años, con tres-  
cientos pesos y talento práctico, en otro  
Centro Social que no el de Puebla, ese  
joven estaba llamado a ser un ca-  
pitalista. Pero allí, donde el comer-  
cianta era absorbido por el propietario  
y el propietario por el revoltoso, el  
comercio estaba destinado a vegetar,  
cuando no a morir de inanición. ¿Cómo  
el Sr. Guzmán pudo sobrevivir en  
aquella época de turbulencia y de sangre?  
Más tarde, protegido y alentado  
por Juárez y por mí, el Raponi se  
trasladó a México, desplegando

entonces su genio económico en toda  
su magnitud. Contra su voluntad  
le mercamos en la política mili-  
tante, y en esta Ciudad, como en  
aquella, resultó un consumado  
maestro.

Nuestra amistad tuvo un origen  
romántico teatral.

En 1854 estaba yo en plena  
juventud, y había recibido ya mi  
título profesional. Ese mismo  
año, a fines de Abril, había  
llegado a México la famosa  
artista Enriqueta Santaló. Referir  
a Ustedes el entusiasmo delirante que  
causó sería tanto como pretender  
rechazar el mar con la palma de  
las manos. Todas las doncellas en-  
casetadas y las de medio pelo de  
la ciudad fueron atacadas de hys-  
terismo monómano: la empresa hizo  
un negocio tremendo, y todos nos

divertimos a cuerpo de rey. Las noches de operas, en el vestíbulo del teatro, veía yo invariablemente a un joven revendedor de billetes, delgado y avisado, con lentas y leofilla fralda de bohemio. Me caía en gracia su actividad y desparpajo. Compréle algunas lunetas y fuimos simpatizando al extremo de invitarme yo una noche, después de teatro, a tomar un chocolate. Entonces supe que se llamaba Ramón Guzmán, y él me refirió los pormenores de su niñez que arriba dejo consignados. Me manifestó que por ganar dinero (honradamente se entiende) nada le detendría y que pasaba las noches en claro y estúdido la manera de ganarlo.

Pobre Enriqueta Santag! El 7 de junio de ese mismo año se celebraban sus funerales en la Iglesia de S. Francisco.



UEV  
L  
V  
OTEC